

SNIPER

se

F. FAJARDIE



Mascarón



Neg

Lectulandia

¿El «sniper»? Indudablemente, el primer tirador del planeta, quien jamás pensó en matar por otra cosa que no fuese dinero. Pero la vida, a veces nos reserva sorpresas...

“Leed, jóvenes. En las librerías hay un novelista”. ALAIN DUGRAND, *Libération*.

“Tras Manchette, el escritor de más interés”. J. C. ZYLBERSTEIN, *Le Nouvel Observateur*.

“Un sentido del montaje breve a lo Hemingway”. J. P. AMETTE, *Le Point*.

“Es bueno. Y profundiza”. CLAUDE COURCHAY, *Le Monde*.

“A toda velocidad, por encima de las leyes del género”. C. M. C., *Le Magazine Littéraire*.

“Fajardie es un continuador de los Manchette, Vautrin y Rick, participando de su misma vena”. JEANNE FOLLY, *Le Matin*.

“El descubrimiento de un nuevo tono, furioso y despiadado”. *Les Nouvelles Littéraires*.

Lectulandia

Frederic H. Fajardie

Sniper

ePub r1.0

Titivillus 29.10.2018

Título original: *Sniper*
Frederic H. Fajardie, 1982
Traducción: Ramón Margalef
Ilustración de cubierta: Copita
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Portada

Sniper

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Autor

Para Alain, Anne, Tom y Béatrice

CAPÍTULO 1

El viento, frío y violento, barría el bulevar Exelmans. Con un imperceptible temblor interior, el hombre sintió la inminencia de su salida.

Inmediatamente, bloqueó su respiración, el ojo izquierdo en el visor.

El primero que empujó bruscamente la puerta de cristales del inmueble era un policía. Ropa color gris hierro, ojos grises, cabellos grises: la apariencia de un tiburón.

Una apariencia poco sorprendente, en fin de cuentas, ya que en esos policías super-entrenados del Servicio de Protección la personalidad propia se atenúa.

Empujada la puerta, el policía se quedó inmóvil, con la mano izquierda levantada, en un gesto imperativo demandador de espera.

Su mano derecha se había aproximado a la cadera.

El hombre del rifle con visor telescópico no pudo reprimir una fugitiva mueca de desprecio cuando el policía gris, sin más miradas para la acera (que escrutara rápidamente), ni la calzada (donde un R-16 de aspecto corriente acababa de estacionarse), se dedicó a inspeccionar las fachadas.

El *sniper*^[1] —con este nombre aludía a él la prensa— no parpadeó, ni siquiera cuando la mirada del policía gris se deslizó, sin detenerse, por los postigos metálicos, apenas entreabiertos.

Desde abajo, el extremo del silenciador era invisible, resultando en todo caso indisociable de esos pestillos de acero que constituyen, en los postigos antiguos, el mecanismo de cierre habitual.

El policía gris, cuya satisfacción iba poco a poco imponiéndose a la ansiedad, hizo un gesto de invitación. Era el suyo un gesto internacional, sin ambigüedad, que dentro del código social sólo puede significar: “Sígame”.

Por un instante, el espacio del visor quedó en blanco, encuadrando el cristal glauco de la puerta, como para un momento de contemplación interior: igual que si las lentillas homicidas se hubieran colocado en la extremidad del cañón.

Irritado, el *sniper* rechazó este pensamiento, que había escapado a su control, y sólo se recuperó del todo cuando apareció allí el rostro de Patrice Riquet.

Un rostro sonrosado, de expresión lasciva y apática, del cual emanaba una idea de abandono: el secretario-amante del diputado Amalvi se asemejaba con mucha exactitud a lo que era.

Vaciló todavía algunos segundos. Después, girando, inclinó con gravedad, pero delicadamente, la cabeza.

De nuevo, en el visor del rifle sólo se divisó la superficie del cristal, pero esta vez el *sniper* había logrado un absoluto vacío en su cerebro.

Tras aquellos dos ensayos-simulaciones, sentíase por entero a punto: dedo inmóvil, respiración bloqueada, ojo en el visor.

Nada en el mundo podía impedir ya que él cumpliera su último contrato.

Salvo en el caso de que el diputado Amalvi optara por no “seguir”...

El *sniper* se lo imaginó: ciento veinte temblorosos kilos, cara en forma de pera, fofos mofletes, ojos porcinos, con las pupilas dilatadas por el miedo.

Así era, hoy, Amalvi.

Max Amalvi, diputado por una circunscripción del Rhône y antiguo ministro, entró en la historia aquella misma tarde.

Con unas horas de diferencia, habría podido leer las notas necrológicas que los periódicos habían sacado de sus ficheros, añadiendo a ellas un toque final, en fin de cuentas apenas pintoresco, a la vista de lo que había sido la “verdadera vida” de Max Amalvi.

Pensaba precisamente en aquella vida, unas horas antes, bloqueado en su pasillo.

¡Qué vida! Los “Servicios Especiales”, al menos, no habían sido una cosa inútil. Aparte de los honores, él había adquirido un sentido agudo del peligro, pese a no haber estado jamás directamente “en el ajo”. Aquella bola que notaba en el estómago, aquella impresión de náusea: un recuerdo de la época. Justamente lo que sentía ahora sacudiendo la cabeza, denegando, ante las indicaciones de los policías y de Riquet. ¡El sucio Patrice! ¿Qué era lo que él arriesgaba?

Amalvi estaba decidido a no salir, y nada, o casi nada, habría podido hacerle cambiar de parecer.

Sin embargo, cuando el fotógrafo, sobre la acera de enfrente, manipuló en su zoom, el diputado se apresuró a presentar “su imagen exterior”.

Lúcido, Amalvi. Y sin ilusiones.

Imaginábase sin dificultad lo que se diría de aquella gruesa silueta medio oculta ante los buzones de un vestíbulo.

Se cometería el error habitual al comparar lo que se es con lo que se ha sido; el político gordo, abúlico y corrompido con el antiguo Resistente, el joven ministro de Justicia, intransigente, el hombre que había luchado a muerte —con determinadas interposiciones, es verdad— contra los temibles comandos Delta y de la O.A.S.

Su pasado... Bien.

Amalvi frunció el ceño.

Aquella evidencia le sorprendió.

Su pasado era lo único que le quedaba, ¿no? Y lo único que valía la pena defender, ¿verdad?

En nombre de su pasado, pues, dejó su escondite, empujando la puerta de cristales.

El *sniper* estaba preparado.

Aquella espera apenas había afectado a su paciencia de insecto. Un fenómeno complejo éste que se explicaba con dificultad. En este tipo de situaciones, sólo los primeros segundos —el hecho de que Amalvi no hubiese salido pisándole los talones a Riquet— le resultaban penosos.

Después, las cosas podían prolongarse durante horas. Dos meses atrás, con aquel tipo de la *Shell*, había llegado a permanecer ¡tres horas con el ojo pegado al visor!

El *sniper* no se había quedado sorprendido. Es más, conociendo el pasado de Amalvi —las “fichas” de Harry eran siempre perfectas— aquello lo daba casi por descontado.

Pues Amalvi no había “salido”, sino “saltado”, literalmente hablando. Y había que preguntarse cómo un cuerpo tan grueso era capaz de moverse de pronto aceleradamente.

El *sniper* encuadró el rostro, corrigiendo inmediatamente, lo mismo que un ordenador, a partir de múltiples datos, el alza en función de los precipitados pasos de Amalvi, de su insinuado zigzagueo, de la velocidad del viento...

El proyectil alcanzó su ojo derecho y, ya deformado, salió de la cabeza llevándose una parte de la nuca.

El *sniper* desmontó su rifle, echando una distraída mirada a la escena que se desarrollaba doce pisos más abajo.

Amalvi había batido el aire con los brazos antes de desplomarse, y el policía gris, aturdido por un instante, descargó su 357 sobre el fotógrafo.

Con un gesto de indiferencia, el *sniper* colocó el rifle, una vez desmontado —cada pieza ligeramente envuelta en un trapo—, en un maletín de mano de formato corriente. Luego, tras haberse puesto un gabán azul marino, salió de allí sin haberse quitado sus guantes de seda.

En aquella calle, habitualmente tranquila, reinaba desde hacía unos instantes un gran desorden, debido en parte a que los automovilistas dejaban sus coches en cualquier lado para apearse de ellos y precipitarse sobre los cadáveres de Amalvi y del fotógrafo.

El *sniper* tuvo que caminar durante unos diez minutos antes de detenerse junto a un viejo Méhari de color caqui. De éste extrajo una *parka* del mismo tono, con la que sustituyó a su gabán, del que se había despojado previamente.

El vehículo arrancó al primer intento. Su conductor, el *sniper*, sabía que su cuenta personal acababa de incrementarse en 40.000 francos.

CAPÍTULO 2

El desplazamiento fue breve. Tras detenerse en el bulevar Victor, bajó los peldaños que conducen a la pequeña estación.

Harry le esperaba en el andén.

Harry Fortiche. A causa de su vulgar aspecto, se resistía a una descripción rigurosa. Había entrado en la treintena, llevaba los cabellos muy cortos y sufría una calvicie precoz. Esto, aliado con un rostro redondo, un pequeño bigote, las gafas, el traje, de color gris antracita, y la camisa blanca, daba una figura como tantas otras existentes, por centenares de miles.

Harry dejó escapar un breve suspiro de alivio al descubrir la alta silueta del *sniper*. Por un breve instante, intentó fundir las dos imágenes: el asesino que avanzaba en dirección a él y el joven que conociera tiempo atrás.

Ambas correspondían al mismo hombre, y sin embargo...

A pesar de verlo de cinco a seis veces por año, su aspecto, parecíale, se alteraba de contrato en contrato. Habían transcurrido diez años desde el día de su primer encuentro. Ahora sólo subsistía la semejanza física.

El *sniper*, un homicida de primera, se parecía como un hermano al soldado raso Alain Sigaléa: la misma elevada talla, una espalda ancha, unas caderas escurridas, unas extremidades finas. La misma cara, un poco alargada, con las mejillas hundidas, realzadas por unos pómulos ligeramente salientes. Igual nariz respingona “a la americana”, su único rasgo infantil. Boca de labios gruesos, párpados caídos, a lo Dean Martin, cabellos de un tono castaño claro: nada había cambiado, y sobre todo la mirada penetrante, aquellos ojos oscuros que le permitían “tumbar” a un montón de chicas.

Harry se sentó en uno de los bancos y desplegó un periódico de la mañana, fingiendo no advertir la presencia del *sniper*, que se situó a su lado.

Los dos se dedicaron a observar a los diversos viajeros que desfilaron por el andén. Después, Harry, plegando su periódico, inquirió:

—¿Misión cumplida?

—Estoy aquí, ¿no?

Se hizo un largo silencio. El *sniper* fijó la mirada en una rata que corría, deteniéndose a intervalos casi regulares, a lo largo de los raíles.

Harry siguió la dirección de su mirada, viendo la rata. Inmediatamente, se sintió divertido, y una sonrisa dilató levemente sus labios: “¡Cara de rata!”. Éstas fueron las primeras palabras que le dirigiera el *sniper* o, más exactamente, el soldado raso Alain Sigaléa.

Recordaba perfectamente lo sucedido diez años atrás. En Eintzheim, tres de las compañías habían llevado a cabo una marcha de veinte kilómetros. El sol brillaba en las alturas, pero sin llegar a fundir la nieve acumulada en los arcanes.

El *sniper* avanzaba a su lado, silencioso, embutido en su uniforme de combate. El casco le colgaba del cinturón, habiéndose subido las mangas de la guerrera. Cosa curiosa: ningún suboficial le había llamado la atención por eso.

Bueno, esto no era tan curioso, en definitiva. Inexplicablemente, parecía difícil dar una orden a aquel tipo.

Casi inmediatamente, se había dado el primer “fallo”. Para reanimar la moral, entonces, un cabo había entonado una canción digna de las colonias de vacaciones. El truco auténticamente clásico: “*Jeanneton prend sa faucille, la mette*”.

¡Y he aquí que el silencioso *sniper* se había puesto a cantar el estribillo! Nada de haberlo olvidado. El futuro asesino cantaba como un muchacho:

*En chemin elle rencontre
quatre jeunes et beaux garçons...*

Llegados a la galería de tiro, una vez devoradas las provisiones, cada sección fue adentrándose en las largas construcciones de hormigón.

Era aquél un ejercicio en el que nadie tenía fe. Había que emplear unas viejas armas provenientes de la última guerra para disparar sobre un blanco situado a cien metros, un blanco casi invisible...

Eran tres en aquel turno: él, el *sniper* y otro tipo.

Posición del tirador: tendido. Reglamentaria y grotesca. Olor a pólvora. Detonaciones secas, amplificadas por los muros de hormigón.

Luego, de pronto, una gran agitación.

Un sargento que llega arrastrándose, portador del cartón del *sniper*, que muestra a un oficial:

¡Ha clavado todas las balas en el centro, mi teniente! ¡En triángulo! ¡Fíjese, fíjese en esto!

Esto carecía de precedentes.

Y fue entonces cuando a Harry se le ocurrió la idea: un tirador como aquél, sobre todo anónimo, completamente desconocido... ¡suponía la riqueza!

Se aproximó al *sniper* adoptando un gesto de falsa indiferencia, murmurando:

¡Corrige eso! ¡Dispara, pero no vuelvas a hacer ningún blanco!

—¿Y eso por qué, cara de rata?

—Confía en mí y llegarás a ser rico.

El *sniper* no había contestado a esto último. Dócilmente, se tumbó boca abajo, con el fin de disparar sobre un nuevo blanco llamado de “comprobación”.

Le obligaron a repetir la operación cinco veces sin conseguir ninguna diana. La mayor parte de los proyectiles no habían llegado a tocar ni los bordes del círculo

interior.

Todos llegaron a idéntica conclusión: un increíble golpe de buena suerte.

Excepto él, claro. Él y —esto resultaba mucho más fastidioso— un menudo aspirante que no apartaba los ojos del *sniper*.

—¿Y lo acordado?

La voz del *sniper* le hizo volver nuevamente a la realidad. Harry se agitó, inquieto, dejó a un lado los recuerdos y alargó al otro, al hombre que se había sentado a su lado, una pequeña cartera de cuero.

—Cuatro palos.

El *sniper* le dirigió una mirada triste, poniéndose en pie al tiempo que preguntaba:

—¿Tienes alguna otra cosa a la vista?

—Sí, y para dentro de poco. Un paquete de los gordos.

Pero el *sniper* había girado ya en redondo, para alejarse de allí.

Estacionó el Méhari caqui en la Puerta de Orleáns, entrando en una gran cervecería.

Pidió un café, que pagó sin esperar, dirigiéndose hacia los servicios.

Cuando salió de allí vestía una *parka*, un pantalón vaquero de pana negra y un viejo jersey gris de cuello redondo. El gabán azul marino y el traje de sarga reposaban en el fondo de una bolsa de las usadas por los deportistas.

Volvió a subir al coche y en la Puerta de Ivry torció para entrar en la calle Nacional; enfiló luego la de Tolbiac y a continuación la de Château-des-Rentiers.

Esto era estar peligrosamente cerca de su casa. Pensando en ello, se dijo que no podía imaginar nada mejor, sin embargo.

Estacionó el Méhari frente al número 69 —“Centro de Ayuda Nicolás-Flamel”—, y después se apeó, dejando la bolsa deportiva sobre el capó. Finalmente, tras consultar su reloj, se dirigió al vendedor de periódicos, apretando el paso.

Cuando volvió sobre sus pasos, la bolsa había desaparecido, y la treintena de maricas que haraganeaban ante el “Centro de Ayuda” ensayaban posturas y miradas inocentes.

En cierta ocasión, después del asesinato de un notario, quiso divertirse observando la dispersión de sus ropas.

Había asistido, tras el robo, a lo que los chamarileros denominan una “revisión”. Una discusión áspera, unos cuantos puñetazos, algunos gritos, y luego un traje de Príncipe de Gales y un abrigo se habían esfumado, correspondiendo a tres propietarios.

Los haraganes preferían evitar el sector durante algunos días, repartiéndose entonces por Nanterre, o yendo a la barcaza del Ejército de Salvación, o a cualquier otro centro de ayuda y de desinfección.

El *sniper* tornó a ver el pantalón Príncipe de Gales —y a su nuevo propietario— tres días más tarde, con inéditas aportaciones: grandes manchas de vinazos y pliegues desvanecidos, haciendo juego con el aire fatigado, chafado y cochino del dueño.

Todo esto era bastante más seguro que la treta de quemar las ropas en una cocina alimentada con carbón.

CAPÍTULO 3

El *sniper* se sentía como en reposo, en hibernación, hasta el siguiente contrato.

Sin darse siquiera cuenta, volvía a ser Alain Sigualéa.

Una operación sencilla, tanto como la de una serpiente cambiando de piel. No se planteaba ningún problema moral, humano o religioso. Mataba para vivir y hacer vivir a la que él amaba, a la que era su vida, la que lo justificaba todo.

Aquella era la misma persona que, cinco años antes, le había sacado del abismo, cuando, avanzando a la deriva, buscaba argumentos para perpetuar una existencia carente de interés.

Alain Sigualéa estacionó el Méhari en la calle Nacional. Con su cartera de mano a un lado y un ramo de rosas rojas al otro, penetró en el pasaje Bourgoin.

Una vez más, y pese a que habitaba allí desde hacía tres años ya, se detuvo para contemplar la callejuela, que no daba el ancho preciso para permitir el paso de un vehículo.

No había ningún sitio de París que se asemejara a aquél. Tratábase de un estrecho desfiladero bordeado de minúsculos pabellones. De tarde en tarde, unas antiguas farolas distribuían una luz parsimoniosa, en forma de delicados halos, como temblorosas corolas, en la densa bruma invernal.

Aunque esto no lo conociese por una experiencia directa, aquel paisaje urbano le hacía pensar en la decoración de una casa de muñecas, y también en determinadas callejuelas irlandesas, de Dublin, e incluso en ese tipo de la novela de O'Flaherty llamado "el Soplón". Sólo faltaba a la entrada un *Fish and Chips*, donde con papeles de periódicos fueran envueltas las humeantes raciones de pescado y patatas fritas.

Alain Sigualéa paladeó durante unos segundos más aquel momento feliz, y como empezaran luego a caer las primeras gotas, oblicuas y frías, de una llovizna, reanudó su camino.

Se detuvo unos treinta metros más lejos, delante de una puerta pintada de verde, que abrió. Después, sin dirigir una sola mirada a los pocos metros cuadrados que había por allí de jardín y huerta, extraordinariamente bien cuidados, subió por la escalera, penetrando directamente en el primer piso.

Ella debía de haber oído el coche. Al empujar la puerta, percibió las primeras notas de *Peggy Sue*.

Una versión de la época. Y sobre la alfombra la bolsa de cartulina en naranja y azul, y en ésta el rostro —semejante a Kissinger de joven, en cierto modo— de

Buddy Holly, con su gesto risueño, despreocupado...

Él dejó la cartera en el suelo y, sonriendo, tendió a la joven las rosas.

Ella hizo uno de esos gestos característicos de algunas jovencitas al enfrentarse con un regalo, el día de la distribución de premios en el colegio, por ejemplo: se llevó sus dos pequeños puños, apretados, a los labios.

El recién llegado acogió esto inerte, como si se hubiese tratado de un super rechazo. Inmóvil, tuvo la impresión de que sus piernas, su corazón, su cuerpo en desorden, e incluso esta idea en el aire, el alma, corrían por delante de la chica.

Los segundos se eternizaban, y ellos continuaban mirándose. Ni siquiera estaban sorprendidos de que al cabo de cinco años su amor siguiese siendo todavía tan sólido, tan fuerte.

Esto podía deberse, quizá, en parte, a que él no le ocultaba nunca nada, lo cual hacía que la joven viviera una auténtica agonía con la ejecución de cada contrato.

Buddy Holly había enmudecido.

Los dos oyeron el ¡clic! del brazo del tocadiscos, y la bajada de un nuevo disco.

Con las primeras notas de *Let's spend the night together*^[2], en el momento en que los Stones partían a cien por hora, él arrojó las rosas a un rincón, corriendo a refugiarse entre los brazos de la joven.

Ella se llamaba Marie-France, cosa de la que no era responsable.

Por lo demás, de una vez por todas, y a partir del primer día, él la había llamado "Belle".

Era bella, ciertamente. Y alta, esbelta, y más carnosa de lo que parecía.

Un rostro de una belleza brutal; unos labios que pedían besos. Un tipo de mujer rarísimo, que invita al acercamiento, provocando luego el desánimo, inmediatamente, al hacerse evidente la idea de que aquélla es y seguirá siendo la mujer de un solo hombre.

—¡Belle! ¡Tú estás loca! Un día me haré abatir y... ¡fin del *sniper*, descolgándose de su árbol, ofreciendo un lastimoso aspecto!

Ella se incorporó apoyándose en un codo, observando con aire severo al hombre tendido a su lado:

¡Tú sí que estás loco! ¿Cómo se te ocurre decir eso?

Él estaba viendo desde la cama los billetes amontonados sobre la mesa de jardín que, en unión de cuatro sillas del mismo estilo, componían todo el mobiliario del comedor.

Los Moody Blues cantaban *Night in White satin*^[3]. Un poco azucarada la melodía —él decía: "un poco *honey*"^[4]—, pero tenía la virtud de recordarles los años sesenta.

Era esto también lo que les había acercado inmediatamente: el hecho de haber nacido los dos en el año 1947, y que para ellos la música se hubiese quedado parada en 1970.

Mientras acariciaba el pecho de Belle, él pensaba que tal vez lograra escapar al acoso de los policías hasta el fin.

Sí, contra toda expectativa...

Unos febriles y rápidos recuerdos le permitieron evocar su pase por el ejército, su encuentro con Harry, la Universidad, los diplomas, el paro. Esto abarcaba seis años de su existencia, desde 1968 hasta 1974.

Una vida extraña, informada por menudos trabajos, por aventuras pasajeras y amargas, por comidas muy tristes en el Restorán U, y después, con seguridad, las “primas de Harry”. Esto era, verdaderamente, lo más chocante.

A raíz de su licenciamiento del ejército, Harry le enviaba 500 francos mensuales—cantidad susceptible de variación, conforme a la circunstancia económica—, y esto lo hacía únicamente para que no tirara nunca en público. Le estaban prohibidas las casetas de tiro y las fiestas populares, por sus instalaciones peculiares, y, una vez por trimestre, con todos los gastos pagados, se trasladaba a Turena, donde permanecía una semana completa entrenándose.

¡Un tipo extraño aquel Harry!

Había invertido seis años en el montaje de aquel asunto. Seis años que se había pasado yendo de bar en bar, frecuentando los clubs más encopetados, relacionándose con los sectores más receptivos del *milieu*^[5] de la industria y de la política.

Alain pensaba poco en eso. Los siete individuos, comprendido el de aquella mañana, habían fallecido sin sufrir, mediante el impacto de una sola bala.

Por añadidura, aquellos sujetos ricos y poderosos, habían sido para él una especie de marcianos, que nada tenían que ver con él ni con su mundo del pasaje Bourgoin.

¡Él, efectivamente, nada tenía que ver con aquellos tipos de Rolls y de Bentleys, banqueros sucios, políticos podridos! ¡Nada tenía que ver, sí! Su mundo estaba formado por Belle y su amiguito Patrick, o el inseparable de este último, el menudo Serge. Igualmente, entraba en aquél el Padre Amable, inquilino del pabellón de al lado, un antiguo bolchevique que trabajara en los talleres de Panhard-Levassor.

Esto constituía su vida.

Lo único que valía la pena conservar, incluso si para lograr tal objetivo era preciso eliminar a una cuarta parte de los habitantes del planeta.

Por otro lado, gracias a los 300.000 francos nuevos que reposaban bajo el colchón, podía considerarse ya casi en la mitad del camino a recorrer.

A mitad del camino de la compra de su casa en Normandía, sobre dos hectáreas de terreno de cultivo, en unión de la plaza de profesor que Hair y le había encontrado.

Allí podría instalarse Patrick, su joven amigo, y hasta el Padre Amable, en el caso de que accediera a trasladarse al lugar.

Los pensamientos de Alain se centraron en el viejo.

Este representaba para él un problema, ya que consideraba al anciano como una especie de padre.

¡Y qué manera tan formidable, la suya, de silbar, en estupenda versión de jazz, la *Internacional!* A todo esto, sin dejar de manejar su lima, dentro del pequeño taller

que se había montado. Aquello resultaba verdaderamente relajador, un auténtico tranquilizante.

Ante él, se podía callar, guardar silencio, sin que surgieran complicaciones. El viejo, se había mostrado siempre muy sutil, aventurando incluso algunas pullas, dos o tres, sobre sus ausencias en los días en que, precisamente, el *sniper* había andado ocupado, tratando de abatir a alguien.

Era que...

Unos golpes dados por alguien en la puerta le hicieron saltar del lecho.

CAPÍTULO 4

Había escuchado al pequeño Serge, quien, actualmente, se lo callaba todo, observándolo con el interés sostenido del que acorrala a su interlocutor contra un muro de contradicciones.

Notaba también la mirada de Belle: una mirada no habitual, ansiosa, casi pedigüña.

Finalmente, y esto se tomaba perfectamente grotesco, él se sabía en trance de ser con toda certeza, poco a poco, el *sniper*: su forma fría de sopesar el problema, esta ausencia de humor, el deseo, casi enfermizo, de estar solo...

Juego grotesco, en efecto, esta versión consciente del doctor Jekyll. Imaginábase que toda tentativa de conocimiento de un fenómeno psicológico ejerce sobre éste un efecto disolvente. También se produce un cambio de actitud por cuenta de simples manías.

Sabía perfectamente que sólo una solución existía. Ya que Patrick se había dejado sorprender por un guardián en flagrante delito de robo —¡aquel pequeño condenado!—, ya que el mencionado guardián había exigido, como precio de su silencio, que el adolescente le pagara “en especie”, el dinero no resolvería nada. Su efecto antálgico sería de corta duración.

Al cabo de una o dos semanas, aquel tipo volvería al ratero con su pequeño chantaje y habría que “regar” de nuevo aquel terreno: cada vez exigiría más y más, y cada vez se haría más frecuente...

El *sniper* sostuvo fríamente la mirada de Serge, e inquirió:

—¿Qué fue lo que tú cogiste?

—Unas barras de cobre.

Él reflexionó un breve instante, preguntando después:

—¿Cómo te las arreglaste para hacer eso?

El adolescente, sobreponiéndose a su embarazo, respondió:

—Yo me encontraba en el fondo del hangar, sobre un montón de cajas, en lo alto de todo. Cuando oí el ruido de la puerta al abrirse, me tendí. Vi el haz luminoso de la linterna. Luego, la luz se hizo en todas partes, y Patrick dijo: “¡Está bien! ¡Conforme!”, al tiempo que levantaba las manos. El guardián le abofeteó, echándole una reprimenda a continuación, hablándole de la moral, y de que iba a decírselo todo a la policía, pues no veía otra manera de proceder para evitar que otros pequeños gamberros imitasen al chico. Giró en tomo a Patrick, adoptando una actitud verdaderamente extraña, para, de pronto, hacerle su proposición.

El *sniper*, impassible, inquirió:

—¿Cómo es ese hangar?

—¡Enormemente grande! El piso es de cemento; el tejado, de plancha metálica ondulada, está sostenido por viguetas de hierro.

—¿Y el guardián?

—El guardián es un marica.

—¿Cuántos años tendrá?

—Cuarenta, supongo. Pero yo no lo vi muy bien porque me daba la espalda. Fue entonces cuando me fijé en el tragaluz, abierto.

—¿El tragaluz, has dicho?

¡Sí, señor! Un golpe de suerte. Me arrastré... Patrick hacía como que no me veía, pero yo sé que me estaba mirando por el rabillo del ojo. Intentaba ganar tiempo, pero había que actuar rápidamente, pues que el marica se había bajado ya los pantalones.

—¿Y a dónde da tu tragaluz?

—Verá... Hay que avanzar sobre el tejado, a gatas. Éste no presenta mucha inclinación. Se puede llegar así a una camioneta, un Citroën de chapa ondulada... Entonces, ya todo es fácil. A continuación, viene el muro. No es muy alto... Medirá un metro ochenta. La parte superior del muro está recubierta con pedazos de cristal... que ya no cortan. Sin embargo, yo puse mi chaqueta encima. Luego, basta con saltar. Frente, quedan los raíles de la vía férrea... ¡Todo resulta fácil, discreto, impecable!

Hubo un breve silencio tras estas palabras. Y, finalmente, con aire natural, el adolescente preguntó:

—¿Lo va usted a liquidar a tiros, señor? Quiero decir: ¿va a enviarle un poco de plomo a las napias, o al ojo derecho? ¿Acabará también él así, el viejo marica?

El *sniper* pensó que el piso cedía bajo sus pies, quedándose paralizado durante unos segundos.

Luego, con una sonrisa que él sabía falsa, y con una voz que quizá no hubiera podido salir de la garganta de un niño de ocho años, preguntó:

—¿Qué es lo que me estás diciendo, pequeño?

Aunque contaba ya diecisiete años, y se creía todo un hombre, el adolescente se sintió halagado por aquella última palabra, por lo que de familiar tenía la misma. Por tanto, completamente despreocupado, con absoluta confianza, concretó:

—Usted es el *sniper*, señor. Hace ya mucho tiempo que Patrick y yo lo sabemos.

El universo del *sniper*, por un segundo, o fracción de segundo, pareció tambalearse. Después, con una sangre fría que incluso le sorprendió, tuvo la certidumbre de que no se retiraría jamás, de que no se iría nunca a Normandía en compañía de Belle.

Para un hombre de su clase, inmerso en un continuo auto-análisis, la situación era hasta agradable, casi. Preguntó a su interlocutor ahora, con perverso entusiasmo:

—¿De dónde has sacado tú eso?

El adolescente hizo un gesto vago. Una mano que se adelanta, para abrirse con viveza: un gesto de contento, el gesto vanidoso de quien alardea de estar enterado y

puede dar explicaciones:

—Los rifles, las miras telescópicas... Un día, usted nos echó a la calle, a Patrick y a mí. Nosotros nos escondimos, a su vuelta. Sólo fueron unos segundos... Mientras usted nos daba la espalda, vimos su rifle enteramente desmontado sobre la mesa. Y, sobre todo, ahí estaba la estantería, con sus armarios y tablas, que giraban, con sus respaldos especiales... Y todos esos calibres... Más adelante, dimos con los botones de apertura. Pero ya lo habíamos comprendido todo... Usted había estado fuera el día en que aquel hijo de familia fue abatido al salir de la casa de su querida. Una bala le entró por la nariz, saliendo por la parte alta del cráneo. El ojo derecho o la nariz... Usted actúa siempre así.

—¿Y esto... ¿se lo habéis dicho a otros? —inquirió el *sniper*, con un suave tono de voz.

Los ojos del adolescente se cargaron con un potencial de inesperada irritación:

¿Por quién nos ha tomado? ¡Precisamente a nosotros! A nosotros y al Padre Amable...

—¿Se lo habéis dicho a él? —preguntó ahora el *sniper*, con voz inexpresiva esta vez.

El adolescente contempló al *sniper* atentamente, obsequiándole con una mirada de decepción. Era como si un dios hasta entonces viviente se le revelase de pronto como el más corriente de los seres mortales.

Y con una inflexión casi de enojo, respondió:

—El Padre Amable sabe adivinarlo todo siempre. Con su barba tostada, parece un demonio. Lo iba comprendiendo a medias. Y más adelante, un día, mientras trabajaba en su taller, nos dijo que él no tenía nada que objetar, ni siquiera en el caso de que usted trabajara sólo por dinero, ya que siempre lo que ha estado quitando de enmedio ha sido basura.

El *sniper*, a su pesar, reaccionó como quienes enmedio de las ruinas de su universo descubren que no lo han perdido todo, y que, desde luego, conservan todavía lo esencial.

—¿Dijo eso el viejo?

—Exactamente —respondió el adolescente—. También dijo que si se presentaban los polis aquí, con el fin de detenernos (es una suposición)... ¡ejem!, se uniría a usted para defenderse a tiros. Bueno, habrá que ir allí, señor, pues nos exponemos a que el marica ese...

CAPÍTULO 5

El *sniper* había vacilado largo rato al pensar en el tipo de arma a utilizar, sopesando pros y contras de diferentes calibres, ensayando distintos silenciadores.

Vaciló poco, en cambio, al pensar en la munición. Escogió una sola bala, que tomó delicadamente entre el pulgar y el índice antes de elevarla a la altura de sus ojos.

Tratábase de una bala bastante rara, una ojiva semi-blindada, con la punta de plomo.

“Trabajaba” bajo la mirada ansiosa de Belle, en tanto que Serge, completamente reconquistado, lo observaba con admiración.

Se encontraban a punto de salir cuando el adolescente, extrañado, preguntó:

—¿Una sola bala se lleva usted?

—Sí.

—Pero... ¿y si yerra el tiro?

—Daré en el blanco, no sufras.

El adolescente movió la cabeza, con un gesto de incredulidad:

—¿Y... no se lleva ningún visor especial?

—No hace falta, muchacho.

A Serge le parecía no reconocer a su amigo en el *sniper*, tendido a su lado, ante la abertura del tragaluz.

El hombre representaba ahora su edad, e incluso algunos años más, y su comportamiento no se correspondía en nada con la imagen que cualquiera pueda forjarse del asesino profesional.

No perdía de vista un segundo al guardián, pese a andar ocupado inconscientemente con menudos e inútiles movimientos. Por ejemplo: hacía saltar imaginarias motas de polvo situadas frente a él, sobre el tejado, lavado por la lluvia. O bien acariciaba lentamente la culata de madera del rifle.

Pero en ningún instante había afirmado aquélla en su hombro, ni había estado apuntando formalmente a su objetivo, por mucho tiempo.

Seguía mirando atentamente al guardián cuando, pacientemente, introdujo en el arma el proyectil blindado.

Era aquél un movimiento lento y seguro a la vez, repetido, sin duda, millares de veces.

Después, de nuevo, la mano firme que acaricia la madera como si el rifle hubiese podido apreciar tal gesto.

Un poco decepcionado, el adolescente concentró su atención en la escena que se desarrollaba en el fondo del hangar.

El guardián se había quitado el pantalón y la braga, girando siempre alrededor de Patrick, quien, según se podía notar, intentaba ganar tiempo dando la impresión de que iba perdiendo terreno, de que se estaba dejando ganar por los argumentos del adulto, poco a poco.

Era aquél un ballet extraño, con sus movimientos de invitación, con sus rechazos a medias, con sus invisibles arabescos...

Seguidamente, de un modo brusco, Serge sintió algo.

Fue algo casi imperceptible, como esas atmósferas que, sin razón aparente, cambian de un modo radical en unos segundos tan sólo.

La rapidez del gesto había sido tal que Serge creyó no haber visto nada.

Sus ojos incrédulos iban del cadáver del guardián al *sniper*, quien se hacía ya con el cartucho.

Intentó revisar el filme de aquellos últimos segundos: el *sniper*, que, bruscamente, bloquea su respiración, que empuña el rifle, que no apunta durante más de medio segundo...

Y un leve y seco ruido, el arma, que salta ligeramente, y allí abajo queda el hombre medio desnudo, saltando enloquecido en el aire antes de desplomarse contra el piso como una masa de carne...

Todo esto parecía ficticio y, al mismo tiempo, terriblemente real, grave como la muerte.

Aquello era, en fin de cuentas, como un gesto religioso ante un público silencioso... No hubiera podido explicar por qué, pero a él el *sniper* le hacía pensar en un sacerdote oficiando ante el altar de una iglesia.

Cuando recuperó —esto ocurrió más rápidamente de lo que habría creído— el uso de la palabra, el adolescente constató:

—Le ha dado...

—Sí. En la oreja izquierda. Estadísticamente, teniendo en cuenta la distancia, éste es un tiro poco corriente.

El *sniper* emprendió el descenso.

Serge se mostró dudoso, primeramente. Luego, le siguió, viéndose a sí mismo como en uno de esos sueños peligrosos en que el protagonista flota o camina sobre algodón, o avanza instalado en el lomo de un cocodrilo, el cual, de un momento a otro...

Vio o creyó ver a Patrick en trance de vomitar profiriendo gritos, y cómo el *sniper*, calmamente, le propinaba dos magistrales bofetadas.

Crejó divisar el inmundo cadáver, con la cabeza estallada, y trozos de carne en todos los rincones, y hasta sobre Patrick.

Crejó verse a sí mismo, a punto de vomitar.

Creyó verse sometido, al mismo tiempo que Patrick, a un apretado interrogatorio por parte del *sniper*, interesado en localizar todos los puntos en que ellos habían entrado en contacto con cualquier cosa.

Creyó ver cómo el *sniper* entregaba a Patrick unos guantes idénticos a los que ellos llevaban desde el comienzo de la expedición.

Creyó ver también... Bueno, no. De esto se hallaba seguro, porque había sido una operación terriblemente larga: el *sniper*, provisto de un trapo, parecía proceder a la limpieza de un montón de cosas que ni siquiera habían llegado a ser rozadas.

Tuvo la impresión de que volvían una y otra vez sobre los pasos dados ya antes, en un retomo interminable, puntuado por detenciones frecuentes, en el curso de las cuales el *sniper*-asesino-ama de casa se dedicaba a asear una veintena de cosas inútiles: el tragaluz, la plancha ondulada, una caja de herramientas...

Era aquél una condenada pesadilla, un raro sueño, fomentado por los ardores del estómago, que se presentaron como consecuencia de las náuseas anteriores.

En aquel sueño había también algo de vergüenza, pues ni él ni Patrick habían estado a la altura de la epopeya viviente que era el *sniper*.

Un sueño a cien por hora, saturado de ideas, que se encajaban unas dentro de otras, como sucedía cada domingo por la noche, sobre las carreteras, cuando los coches se encastraban unos en otros.

Por ejemplo, y esto, sin embargo, ya lo sabía: el *sniper* era zurdo, un detalle que, con toda seguridad, había visto también en una película.

Esto impresionaba: que la muerte pudiera producir una especie de hábito. En el fondo, el guardián pederasta en nada se diferenciaba de los gatos reventados que a veces se descubrían en aquel repulsivo barrio. Era, en definitiva, un pedazo de carne fría, como la que se procuraban las gentes de la Puerta de Ivry no hace aún mucho tiempo, cuando degollaban un cordero para festejar algo así como su 14 de julio particular.

En todo esto pensaba dentro del Méhari, a lo largo del inacabable kilómetro del regreso, envueltos en el ruido de la cassette, escuchando al viejo loco de Gene Vincent cantando *Be bop a lula*, mientras el *sniper*, excitado, tomaba el volante por una batería.

Habían vuelto, ¿no?

El *sniper*, derrochando atenciones, fríamente —había dejado de ser el asesino, siendo al mismo tiempo el de siempre—, sí, el *sniper*, Alain, les obsequiaba con una copa de aguardiente. En cuanto a Belle... ¡oh qué bella estaba!

Hasta el Padre Amable hizo su brindis, si bien, ¡Dios!, ¿qué pintaba allí este viejo brujo?

¡Oh, no! En todo esto no había nada de sueño...

La siguiente era una idea que no le abandonaba: los viejos como su madre —que constituía toda su familia— sostenían insistentemente que el mundo, a causa del

desempleo, de la crisis, de las guerras, de la inmoralidad... ¡era una porquería! ¡Pues no! ¡Todo lo contrario!

Esta época que les había tocado vivir, a ellos, a los jóvenes, con todas aquellas mierdas amontonadas... ¡resultaba formidable!

La vida, en aquel país, iba a ser auténticamente grata.

Sobre todo, en compañía de amigos como el *sniper*, que jamás fallaba un blanco, y el Padre Amable —¡el viejo diablo!—, que no se equivocaba nunca.

Esta tardé había aprendido su primera lección verdadera, mejor en todos los aspectos que las impartidas por los aborrecidos profesores del colegio que frecuentaba.

Sí, una primera regla: ¡la muerte es la vida!

CAPÍTULO 6

El comisario de división Robert Gardel abandonó los locales en que se alojaba el estado mayor de la policía judicial con cierta tristeza.

Había habido allí una celebración en honor de un colega que se incorporaba al escalafón de los jubilados, y con una anticipación de apenas seis meses se imaginaba a sí mismo, superada la edad límite, en trance de ofrecer a sus compañeros la clásica copa de vino con pastas...

Por otro lado, en el caso de que él hubiera olvidado aquello, no faltaban nunca pelmazos que se lo recordaran.

Ahí estaba, por ejemplo, esa estadística del ministerio que una mano anónima dejara sobre su mesa de trabajo, en la cual se indicaba que un ochenta por ciento de los efectivos anuales habían entrado en la “Casa” después de 1968.

A él le habría gustado consultar otras estadísticas. Un ejemplo: ¿cuántos antiguos policías hincaban el pico durante los cinco años siguientes al de su jubilación?

Gardel sacudió, denegando, la cabeza. La acción de entregar su tarjeta tricolor y su arma reglamentaria le hacía pensar en Vercingetórix poniendo su espada y su escudo a los pies de César.

Gardel había envejecido. Tal idea le llevó a un movimiento que no pudo evitar: la observación de su imagen en el cristal del escaparate de un sombrerero. Un sombrerero... Esto no era una casualidad, ¿eh? Desde luego, nunca se le hubiera ocurrido verse reflejado en la vitrina de una tienda dedicada a la venta de discos. ¡Un sombrerero! En una época en que ya nadie —salvo él, especie de ciudadano petrificado— llevaba sombrero.

Era el suyo un sombrero gris, que hacía juego con el gabán, tan severo, o triste, como su talla (un metro y sesenta y cinco centímetros), y su rostro, de piel blanda y arrugada, con rasgos acentuados. Las mujeres habían dejado de fijarse en él ya, y en cambio era el centro de atención de otros seres, sonrientes, que saben esperar con mucha paciencia: médicos, farmacéuticos, enterradores...

Una mujer enlutada se cruzó con él sin dispensarle una sola mirada, cosa que le entristeció más todavía, por el hecho de encamar la desconocida la totalidad de sus ilusiones: era alta, viuda, quizá, de unos treinta años, y vestía una falda negra —¿sobre medias?—, ocultando un poco su rostro tras un velo...

Un pequeño milagro tuvo lugar a nivel medio del cuerpo del comisario de división, y entonces, haciendo gala de un excelente humor —aquello hacía muchísimo tiempo que no le sucedía—, pensó en el asunto que le acababan de confiar.

Contempló aquel cuerpo medio desnudo, tendido sobre el frío cemento. La cabeza había estallado, parcialmente... Efectivamente, faltaba allí todo un lado de la misma. Por lo demás, podía adivinarse un rostro duro, carente de delicadeza, rozando lo vulgar.

Gardel no sentía nada, absolutamente nada, frente a aquel cadáver impúdico. Allí, lo único interesante radicaba en el hecho, poco corriente, de que el hombre se hubiese hecho matar de un balazo —el proyectil, verosímilmente, era de los blindados— en la oreja izquierda.

Gardel fue sacado de sus meditaciones por un rumor de voces. Aplastó la colilla de su “gitane” de papel de maíz y boquilla de filtro, dejándola caer a unos centímetros del cadáver. Luego, volviéndose a medias, echó un severo vistazo a los alborotadores.

Pinceles en mano, subidos a unas escaleras, los hombres del laboratorio central se disputaban el tragaluz con un par de especialistas que estaban tendiendo un hilo.

El hilo en cuestión, sujeto por un extremo mediante una aguja en la oreja izquierda de un maniquí, llegaba hasta el tragaluz en una vibrante bisectriz.

El comisario de división estuvo a punto de empezar a dar gritos. En su tiempo, se había procedido siempre al traslado del cadáver una vez el médico efectuara sus comprobaciones. Después, se presentaban los del laboratorio, y, finalmente, los expertos en balística.

Claro que podía ser que fuese ya tarde, que estuviese acercándose la hora de la desbandada general, que hubiera que adelantarse a los problemas o dificultades del viernes por la tarde... Y también podía ser que todos aquellos jóvenes se sintiesen fastidiados con su trabajo. Bueno, ¿y cómo evitar tal estado de cosas? Corrían los días del año 1980, una década que con seguridad resultaría fatídica.

Gardel, que gustaba de distanciarse de todo, pensaba en la agonía de las ciudades —su tema favorito— cuando un comisario subalterno se plantó frente a él.

El comisario de división miró a Quillet, su ayudante, de arriba abajo. Treinta años, tez amarillenta, ojos turbios, cara delgada como cuchilla de hoja de afeitar: un tipo capaz de desmoralizar a Stan Laurel y Oliver Hardy.

—Un crimen sexual, jefe. Asunto de maricas. Autor: el amigo o amante de este sujeto del hangar. Problema de celos. Muy clásico.

En el rostro de Gardel apareció una desdeñosa mueca.

—¿Ha averiguado usted la distancia que hay desde el tragaluz al maniquí?

Quillet, habituado a no ser nunca cogido en falta, esbozó una liviana sonrisa.

—Cincuenta y un metros y veintiocho centímetros, jefe.

—¡Hum! ¿Y no ha observado usted nada?

Quillet miró con viveza a su alrededor, igual que hubiera podido hacerlo un aristócrata extraviado en una asquerosa cloaca.

—¿Aquí?

—Sí. Una sola bala. Si logra dar usted con otro impacto le invito a una *choucroute*^[6] guarnecida con las costillas del ministro.

Muy, muy, muy decepcionado, Quillet declaró:

—Exacto, jefe. Usted debe de referirse al detalle que se me ocurrió inmediatamente. ¡Un condenado tirador de primera!

Gardel sacó su paquete de “gitanes”, colocó un cigarrillo entre sus labios, invirtió treinta largos segundos en hacerse con su *Zippo*, encendió el pitillo, lanzó una larga bocanada de humo, y con la mirada en las alturas, respondió:

—Normal. Es el *sniper*.

El comisario de división avanzaba con paso lento por el bulevar de los Mariscales.

En la Puerta de Ivry consultó el plano del metro. Luego, cambiando de parecer, se dirigió al andén de Ivry, echando desde la acera una mirada vaga a los trazos rojos fluorescentes de los coches, que se amontonaban en los cruces a distintos niveles, siguiendo las consignas correspondientes.

Se sentía bien, casi descansado.

No le producía descontento que por el hecho de ser considerada la del *sniper* una causa desesperada hubiesen pensado en él, adjudicándosela. Por el contrario, le producía cierto halago tal proceder por parte de sus superiores.

Había de estudiar todavía el expediente a fondo, pero sabía ya que contaba con un elemento tan sólido como inédito.

El primero desde el comienzo de las actividades de aquel loco homicida.

El *sniper* había perdido los estribos con motivo de un asunto, probablemente, privado. Esto era lo que se deducía del escaso interés que ofrecía la víctima.

Un dato.

Otro: el *sniper* habitaba por aquel sector. Esto, lo presentía.

Un sector... interesante. Complicado, desde luego, ya que aquella mezcla de cuchitriles e inmuebles supermodernos, tales marcos y tales cuadros, daban lugar a un original cóctel.

Innegablemente, interesante.

Se dijo, aliviado, que tendría que leer mucho, que tendría que andar mucho, antes de poder considerarse un buen conocedor del distrito XIII.

Tenía que hacer dos cosas que, precisamente, eran muy de su gusto.

CAPÍTULO 7

En el transcurso de una sola velada, había dado buena cuenta de la totalidad de las monografías dedicadas al distrito XIII.

Bueno, esto no tenía mucho mérito. Aquel rincón de París no había sido nunca una fuente de inspiración para los autores de las guías turísticas.

Sabía ahora lo esencial, logrando superponer mentalmente los dos calcos: el viejo distrito obrero y el de los promotores.

En el curso de la jomada, Gardel se había plantado en casa del jefe de la residencia policíaca de la plaza de Italia. Allí oyó decir lo que sabía ya, es decir, que se trataba de un distrito de “repliegue” del *mitan*, desde... la banda de Bonnot.

El sector se había prestado especialmente para eso en otro tiempo con su gran número de pabellones, talleres de artistas o estudios, y casas particulares.

Actualmente, la tradición se perpetuaba alrededor de los mismos principios —la emboscada, el escondite—, pero bajo una forma casi opuesta. El *Milieu*, pascaliano, jugaba, por turno, con lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande... La imagen hizo que se dibujara una sonrisa en los labios del comisario de división, quien dispensó una fatigada mirada a las torres de treinta pisos del bulevar Masséna.

Toda pesquisa sistemática, en la hipótesis de una comisión rogatoria, estaba, por adelantado, condenada al fracaso.

Aquella metrópolis era un verdadero colador, dotado de innumerables agujeros. Por eso, allí, dos buenos regimientos de *snipers* dispondrían siempre de tiempo sobrado para escapar, antes de que se presentara el primer policía.

Gardel entró en una cafetería hiper-moderna —tubos de acero, vidrios oscuros—, pidió un café y desplegó una fotocopia del plano de la zona.

La calle Renault... Un cuadrado rojo señalaba el “almacén trágico”. Esta expresión, sacada del *Parisién libéré*, abrió un abismo a sus pies. En él, de forma mecánica, lo insignificante se revelaba siempre asociado a una idea de profundidad: una especie de sima en la que basculaba la crudeza, el rigor.

Vagamente pensativo, levantó los ojos del plano, cruzándose su mirada con la de un pequeño vietnamita.

El muchacho —Gardel era policía desde hacía mucho tiempo, por cuya razón no podía engañarse—, el muchacho, sin duda, procuraba disimular, hacer como si no lo hubiera visto, mediante incesantes parpadeos, escondiendo la verdadera dirección de su mirada.

“Nuevo e interesante”, se dijo Gardel, consciente de haber sacado tal fórmula de alguna parte, sin llegar a conseguir hacerse con la referencia adecuada.

Aquella era la hora de la dispersión. Su mente se negaba a concentrarse en su tarea, sobre el plano que desplegara ante él.

En plan de profesional aplicado, el comisario concentró su atención en el cuadrado rojo y la vía férrea situada enfrente: el ex Pequeño Cinturón, el tren carreta encantador y calamitoso que transportaba en otro tiempo, en atestados vagones, al proletariado, rumbo a lo que en un argot poético y anticuado se denomina *le chagrín*.

“Hombres: 40, Caballos: 8”. El comisario, con la duración de una visión fugitiva, pensó en su padre, obrero en los talleres constructores de los motores Aster, en Saint-Denis, los mismos en que trabajara anteriormente, con algunos años de diferencia, Jacques Doriot.

Levantó de nuevo la cabeza y, una vez más, su mirada se cruzó con la del pequeño vietnamita, quien, vacilante, se pasó la punta de la lengua por los labios.

Gardel miró rápidamente a otro lado y, sin hacerse más preguntas sobre los extraños y fascinantes caminos seguidos por el pensamiento, se concentró en el estudio del plano.

El *feeling*.

A Gardel le dieron ganas de llorar de alegría.

Siempre sucedía lo mismo y, no obstante, todo resultaba igualmente satisfactorio: una idea cualquiera, unos elementos de información dispares, un polo —de potencialidades sexuales o de otro tipo, pero necesariamente atractivo— que hace el papel de elemento de diversión, impidiendo así la detención, unos pensamientos errantes que requieren un control de virtuoso, y en alguna parte de la cabeza un generador proporcionando energía a las células consagradas exclusivamente a la solución del problema...

El comisario de división sacó un lápiz verde, iniciando una última “lectura” del plano.

Había que dejar a un lado ya las vacilaciones.

La punta verde señalaba la calle de Tolbiac, pasaba desde la avenida de Italia a la plaza Patay, descendía por la calle de este mismo nombre, y, girando por el bulevar Masséna, iba a parar a la avenida de Italia, punto que, a su vez, quedaba cubierto de un verde esmeralda que resultaba algo surrealista.

No esperaba que se produjera ningún milagro, pensando incluso que podía cruzarse con el *sniper* en persona, sin que él llegara a sentir nada especial.

Su avance se parecía más bien al de un etnólogo entregado al estudio de su medio ambiente.

Pensaba en el efecto de una esponja. Modelo en bruto de anteguerra: aquella de que se servía el “ama” de la Comunal, donde él era el único autorizado (el premio a la excelencia) para humidificarla bajo uno de los grifos del flamante cobertizo que inaugurara Lebrun, el presidente de la República. Eso era cuando...

Gardel esbozó una mueca y se contentó entonces con pensar sólo en una esponja, sin referencias histórico-sentimentales. Una esponja bien seca, él mismo, que se sumergía en un turbio charco, aquel sector del distrito XIII, y que, poco a poco, iba embebiéndose de... cosas.

Era su modo de hacer. Era su método. Era el método que los jovencitos criticaban, para poner sus burlones ojos en sus ordenadores, abundantes en la “Casa”, los ordenadores de la gran sala de informaciones, desde donde se daban órdenes. Y tal actitud se extendía hasta los simples y rasos guardias.

Gardel elevó una ceja en forma de acento circunflejo, diciéndose que, en efecto, aquella innovación —la informática— seguía rechazándola.

Inconstante, había sopesado la alegría de la esponja.

En aquellos instantes, era un explorador. Entre las malezas de la población, andaba a la busca de otro explorador. Muy sencillo: el primero que descubriera al otro habría de darle muerte y plantar la bandera de su país sobre el suelo disputado.

Esto acabaría ocurriendo... Salvo que entre los gigantescos baobabs de la jungla ciudadana le estuviera esperando el otro, armado de un fusil dotado de mira telescópica.

No se había detenido a trazarse un plan determinado.

Convenía proceder al estudio del terreno. Esto podía iniciarlo aquí y ahora...

Estaba haciéndolo ya, realmente, desde hacía dos horas, mientras reflexionaba, moviéndose a grandes zancadas por el inmenso frente de torres del bulevar Masséna.

Experimentaba un gran placer procediendo así e imaginándose a Quillet y el chófer fumando cigarrillo tras cigarrillo, dentro del R-16 de vulgar aspecto estacionado en la Puerta de Choisy.

Era estupendo aquello de que nadie hubiese reparado en él —para un policía, la felicidad completa—, gracias a su aire de jubilado friolero, embutido en su gabán gris, tocado con un sombrero de color similar, y pañuelo al cuello de tono granate.

Creía haberse forjado una idea bastante exacta acerca de aquella especie de *Chinatown*.

Porque allí abundaban los tipos masculinos y femeninos del sudeste asiático. Podía creerse que ellos habían acuñado aquella denominación. Esto explicaba, quizá, aquel olor a espacios cerrados que percibiera en una o dos ocasiones; aquellas poses ambiguas y casi cándidas de los transeúntes ocasionales, aparte de todos esos detalles de menor cuantía que todo policía presiente siempre.

Todo eso confirmaba lo que le habían dicho en la comisaría, algo así como que lo real es siempre más elocuente que un laborioso informe respaldado por la sombra trágico-cómica, un tanto desvaída, de un grueso dedo de policía vacilante a la hora de caer sobre esta o aquella tecla de un caso.

Aquellas torres, con sus millares de ventanas, eran otros tantos tentadores baobabs para el *sniper*. Y, asimismo, un medio para emprender rápidamente la huida, fundiéndose en la oleada amarilla y blanca de los clientes del *Mammoth*. Después, al llegar a uno de los numerosos sótanos, se presentaba la fórmula idónea para esconderse.

¡Esto sí que era cierto! La agonía de las ciudades; capítulo primero: el retomo a la vida de las cavernas.

Gardel inclinó la cabeza, convencido de lo acertado de su pensamiento.

Un solo inconveniente: el *sniper* era discreto, prudente como una serpiente. Él jamás optaría por esconderse en una especie de laberinto celular.

Conclusión: estaba perdiendo el tiempo, allí.

CAPÍTULO 8

Contaban los mismos años —diecisiete—, pero ofrecían los dos singulares contrastes.

El más menudo, Serge, caminaba con la cabeza hundida entre los hombros, algo así como si hubiese carecido de cuello. Vestía una chaqueta gris, con el cuello levantado. Era una chaqueta vieja, con el corte de la década de los años 60, comprada en el almacén del Ejército de Salvación, en la calle Dessous-des-Berges.

Avanzaba deprisa, dando dos cortos pasos al tiempo que su camarada daba uno. Con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón —“un pantalón negro, al estilo de los del abuelo”— sonreía beatíficamente.

Estimaba que la vida valía verdaderamente la pena, que se abrían ante ellos unas perspectivas insospechables, desusadas. Deseaba ardientemente llevar a cabo sus pruebas. Reventaba de ganas, por así decirlo.

Una sola sombra en aquel cuadro: la falta de unidad.

Había allí un federal nato. Al Padre Amable le recordaba irresistiblemente a Bukharin, dedicando su tiempo a “componer” los miembros del Politburó, que soñaban con engullirse unos a otros.

Serge hubiera querido una especie de mesa redonda, que reuniera a Patrick, al *sniper*, con Belle, el Padre Amable y él mismo. Y una conversación libre, a lo largo de la cual se pudieran debatir las posibilidades de cada uno.

A pesar de todo, la proposición del *sniper* le había dejado maravillado. Y también molesto.

Aquella idea de trasladarse a Normandía, una región enteramente verde, con sus construcciones formidables, a base de entramados... ¡Esto podía ser la auténtica vida! Sí, la gran vivienda, las dos hectáreas de terreno, la yegua de vientre, el *jeep*... Se estaba viendo allí ya. Sobre todo, en el *jeep*, conduciendo con una mano, distraídamente, con una pierna fuera del vehículo, colgando, el pantalón Lewis, el casco G.I... Una objeción que formular, sin embargo: ¡él no era una puta, una mantenida! ¡Jamás; consentiría que el *sniper* se arriesgara solo para lograr el dinero necesario que les permitiera convertir sus sueños en realidad!

Patrick era diferente. Alto, delgado, casi flaco, vestido con unas ropas en lamentable estado, avanzaba con la mirada obstinadamente fija en la acera.

Su condición de cuñado oficioso del “Rey” le producía un malestar creciente. Estimaba, de una vez por todas, que los miramientos que se le dispensaban, que el interés con que se le consideraba, no tenían nada que ver con lo que representaba y

era, realmente. De él, de Patrick, todo el mundo, en el fondo, debía de estar burlándose. Pero era el hermano de Belle, así que...

Por añadidura, y esto era algo que había contribuido bastante a incrementar su amargura, tenía la impresión, en fin de cuentas, de que se había comportado menos bien que Serge cuando el episodio del guardián: la crisis de lágrimas, los chillidos, y luego, una vez recuperado, aquella morbosa apatía...

No tenía ni que dudarlo: había de “rehacerse”.

Dejando de observar el piso, volvió la cabeza hacia Serge, diciendo calmosamente:

—Pienso cargarme a alguien.

Esta frase se le antojó un tanto inexpresiva. Por cuyo motivo, especificó, alzando la voz:

—Sí. Voy a matar a uno...

Su compañero le miró rápidamente, preguntándole con un tono de voz neutro:

—¿A quién?

—¿A quién? ¡Qué más da! —respondió Patrick, con viveza.

Transcurrió un largo minuto de silencio, como un homenaje anticipado a la futura víctima. Luego, con voz alegre, Serge propuso:

—Podríamos pasar el día en *Mac Donald's* ¿no te parece?

“¡Fascinante!”, pensó Gardel, contemplando *Les Olympiades*.

El comisario de división estaba de excelente humor, debido a que, desde aquella mañana, “todo marchaba bien con Madame la Marquesa: Acérquese un poco, Madame, para que yo pueda abrazarla”.

Él tenía... ¡20 años! ¡Sí, sí! Una auténtica serie rosa. El despertar, en forma, sin siquiera la fatiga. El café solo, bien cargado, excelente. El primer “gitane” de papel de maíz, un poco fuerte, un poco agrio: ¡fantástico! Y después, la escalera, la acera y... una soberbia “nana” de 30 años —¡la edad enloquecedora!— vistiendo leotardo negro y falda oscura: un milagro de Alabama. Inmediatamente, se había puesto en tensión.

Y esto no había acabado. Un coche, Quillet que saluda y sigue sus pasos, el chófer, el R-16, y la forma en que encerrara a aquél. ¡Lloraba casi de puro gozo!

En un momento cualquiera, se había vuelto hacia el comisario subalterno, diciendo en el tono de un narrador:

—Esto sucedía en un suntuoso palacio que se hundía bajo el peso de los objetos de oro, la plata y las piedras preciosas. La casta militar rodeaba a los sacerdotes y astrólogos. Ahora bien, aquel día...

Reservándose sus efectos, se había callado para observar a Quillet, quien le contemplaba con una seriedad tan grande —casi emocionante, en el fondo— que

había estado a punto de renunciar a sus chanzas. Habiendo avanzado ya demasiado, sin embargo, reanudó su discurso:

—Así pues, aquel día Huáscar hablaba con su hermano Atahualpa del desembarco efectuado por los conquistadores en Tumbes en el mes de abril de 1532. El Inca se turbó, murmurando unas ininteligibles palabras. Huáscar, hombre de fino oído, captó una frase, inquiriendo su significado. Entonces, el Inca negó haberla pronunciado, lo que hizo decir a Huáscar: “Te aseguro, mi querido hermano, que has pronunciado la palabra Pizarro”. Atahualpa replicó inmediatamente: “¿Qué yo he dicho Pizarro? ¿Cómo que Pizarro?”.

Solamente que Quillet, demasiado joven y nada cinéfilo, en absoluto, no había visto jamás *Drôle de drame*, aparte además de que empezara a sudar de pronto, escuchando esta inquietante narración.

—¡Vaya historia, jefe! Esos dos tipos debían de estar un poco trastornados, ¿eh?

Pero, de momento, la causa de bienestar de Gardel era de otra procedencia. Aquellas “Olimpiades” le fascinaban. Un abismo. Unas torres de treinta pisos, casi fállicas. ¡Y tres sótanos!

El intenso perfume de lo desconocido, del peligro en potencia, de la realidad titubeante, que, tras algunas vacilaciones, confirma las teorías.

Pues, según los hombres del P.C. de seguridad —afirmaciones corroboradas por la radio policíaca—, los referidos sótanos eran poco seguros. Habían sido escenario de numerosas agresiones, de tipo sexual, entre otras, el primero de ellos. Y si allí se profundizaba más, llegábase a unas sombrías madrigueras, llenas de lámparas neón rotas, estructuras de coches robados y despiezados allí mismo, montones de preservativos, colchones podridos, botellas de cerveza vacías, ratas...

El fango, lo escondido: ¡Francia! La aliteración seducía al comisario de división. Aquélla era la Francia de los trogloditas. Todo partiría de ahí, seguramente. Gardel estaba seguro de eso. Porque tales “restos” atestiguaban la existencia de una civilización escondida, que, antes o después, gracias a una catástrofe, surgiría desde los sótanos y los *parkings* subterráneos. Habría vampiros urbanos, tipos pálidos, macilentos, mal afeitados, duros como el hormigón, del cual tomarían poco a poco su consistencia. Cazadoras claveteadas, puñales y navajas: la *Francia de las profundidades*. Este ejército, con sus armas y bagages, con walkirias y bufones —¿y por qué no, dentro de eso, unos elementos directivos capturados, sodomizados y domesticados?—, este ejército, luego, ascendería para lanzarse al asalto de la ciudad, atacando los vehículos de las patrullas aisladas, forjando su unión con la quinta columna de los pequeños empleados, obreros, desocupados y otros tráfugas: intelectuales renegados, sin clase, amargados, poseedores de diplomas no cotizables.

El simple hecho de que los policías del barrio —y esto era un dato objetivo— hubiesen cedido al enemigo el segundo y el tercer sótanos... Todo ejército —Gardel inclinó la cabeza, en gesto que denotaba su profunda convicción— debe enfrentarse en las vísperas de un ataque con un problema esencial: las bases de partida. Bien.

Éstas existían. Ya no había más que concentrar las tropas nutridas por marginados, lobos y otros seres sometidos al *stress*. Con seguridad que él vería eso: la caída de una ciudadela cuyas puertas había estado defendiendo durante largo tiempo.

Pensaba en la impresión suave, en el olor deletéreo turbador, y finalmente agradable, de la traición: ¿por qué no reunirse con ellos en la víspera del diluvio?

Sobre aquella inmensa losa de hormigón barrida por el viento, estaba sintiendo ahora hambre y frío.

Echó un vistazo a su alrededor, distinguiendo, al pie de una torre, un *Mac Donald's*.

Inmediatamente, se encaminó a aquél...

CAPÍTULO 9

Masticaban un *Big Mac* —una hamburguesa más o menos fría— que regaban con Coca-Cola.

Allí todo era yanqui, o parecía serlo. Se demoraban por el deseo, casi, de ver pasar uno de aquellos enormes y maravillosos trenes U.S.A. que unen la costa del este con la del oeste.

A veces, Serge decía: “Pacífico-Malibú”, y el convoy arrancaba inmediatamente, sobre sus cabezas.

Casi las mismas imágenes, ya que los dos habían confrontado en numerosas ocasiones sus puntos de vista. *Snacks*, moteles, inmensas y polvorientas carreteras, que atravesaban interminables llanuras chapadas de cobre, campos de girasoles y de maíz, *pubs* —“Ginger Ale”—, y rótulos indicadores que contenían fantásticos nombres: Portland, Detroit, Chicago, Denver, Salt Lake City; un cielo azul, y luego, con la parada, todo lo que salía directamente de *L’Epouvantail*, del bueno de Gene Hackman.

Serge engulló el último trozo de su hamburguesa, echando un vistazo a los viets situados cerca de la puerta, al grupo de antillanos sentados a la mesa, junto al mostrador, y al cliente solo, perdido en sus sueños. Sabiéndose fuera del alcance de los otros oídos, inquirió:

—¿Y a quién piensas tú cargarte? ¿A un policía?

Sintióse sorprendido enseguida: aquella idea de matar a un policía se le acababa de ocurrir con toda naturalidad. Había pensado en eso con la espontaneidad con que un cazador de faisanes piensa en abatir, antes que cualquier otro animal, un faisán.

Patrick dijo, aprobador:

—¡Esta misma tarde! Bastará con coger una de las armas... —Aquí vaciló—... del *sniper*... Después ya no habrá más que emboscarse en las proximidades de la comisaría.

Patrick pronunció estas últimas palabras muy deprisa.

—¿Y cómo salir de allí después?

Los dos muchachos se miraron en silencio, esbozando gestos de contrariedad. Unos momentos más tarde, Serge propuso, con una sonrisa en los labios:

Y qué hay de la moto que monta el tipo que trabaja en el *E.D. F.*?

Patrick correspondió a estas palabras con otra expresiva sonrisa.

A Gardel le pareció la hamburguesa infecta, y las patatas fritas tibias.

Era igual. Aquel establecimiento, uno más entre los *Mac Donald's* resultaba interesante. Tratábase de uno de los sitios más cosmopolitas, el que más de cuantos conocía.

Como para convencerse del todo, estudió el público allí concentrado, en una visión panorámica. Unos vietnamitas discutían —voces bajas y agudas—, cerca de la puerta; un grupo de antillanos atraía la atención por las camisas multicolores de sus miembros, los cocineros del Magreb, ataviados —gorro incluido— a la neoyorquina, iban y venían, afanosos; para componer del todo la escena le servían también los dos muchachos que parecían querer disimular un aspecto poco corriente allí: el más menudo parecía haberse escapado directamente del barrio de la Pequeña Italia.

No resultaba desagradable aquel abigarrado panorama internacional, alegre, animado, complicado... Aquella era una América andrajosa y emocionante, con seguridad más naturalmente “yanqui” que la solidificada de la Legión Americana, que la preciosa de la Embajada de los Estados Unidos, que la de los ensuciadores pseudo-brechtianos del Centro Cultural Americano.

Y ahí estaban las miradas curiosas, ansiosas, celosas, de los franceses puros, quienes, muy evidentemente, no se atrevían, porque no era necesario, a gritar, a suplicar “Francia para los franceses”, como hacían los enanos nacionalistas. Para Gardel, todo era más simple, una hipótesis planteada como de soslayo sobre su solo instinto: ¿y si los franceses estaban hartos de serlo, es decir, de verse connotados inmediatamente por su F-4, o su R-5? ¿Y si en trance de perder su identidad preferían la guerrera extranjera al chaquetón de color grisalla?

¿Y si ellos también se chiflaban, como los de la Francia profunda? Bueno, no la de Giscard. La Francia profunda era la de las grutas de cemento, la de las cavernas de hormigón, la de los sótanos: ¡la gran amenaza!

Por allí había locos como aquel *sniper* que mataba alcanzando a sus víctimas en el ojo derecho unas veces, en la nariz otras.

Esto era verdaderamente curioso, ciertamente muy *significativo*.

De entrada, había que reconocer lo que aquello revelaba: que el tipo en cuestión era un tirador excepcional, sin par, que había nacido con un visor electrónico en sus ojos. Sin embargo, ¿por qué ceñirse siempre exactamente al ojo derecho o a la nariz?

Gardel, contrariado, engulló su café frío, convencido de que la explicación buscada no estaba lejos. Para mantener su moral, se dedicó a pasar revista a las medidas que había dictado.

Siguiendo en esto el ejemplo de sus predecesores, había entrado en contacto con la Seguridad militar. Pero él había hecho preceder su visita de un golpe de teléfono furibundo del jefe del gabinete del ministro. Tan bien había salido aquello que los galoneados interlocutores habían prometido ocuparse de su asunto inmediatamente.

Por otro lado, había lanzado a sus chicos sobre las casetas de tiro. Todo un regimiento de inspectores puntillosos, capaces de revolver las cosas más sucias,

gente, en definitiva, mucho más eficaz que los calmosos “encuestadores” enviados anteriormente. Hasta el Centro de Tiro de la Policía Nacional había sido visitado.

Había hecho otra cosa (ésta inédita): confiar en la prensa. Bueno, en la gubernamental, muy especialmente la del “grupo”, esperando que la otra, la indócil, seguiría por el camino que aquélla le fuera marcando.

Los artículos recogían en su totalidad una serie de camelos, hablándose en ellos de “revelaciones” hechas por un truhán, quien declaraba hipócritamente: “Es muy fácil averiguar todo lo concerniente al *sniper*... Éste no es más que el ejecutor de las altas empresas del mundo de hampa”.

Con la sonrisa en los labios —esto databa de ayer por la tarde—, Gardel había liberado las hordas del infierno: pesquisas, redadas, puestos de vigilancia, detenciones, establecimiento de controles. La gran ofensiva, con las colaboraciones más diversas...

Si después de dar tales pasos, su presa no daba señales de vida... ¡Bien! ¡Comenzaría de nuevo! ¡Comenzaría de nuevo todas las veces que fueran precisas!

Gardel se puso el sombrero —completamente horizontal—, alisó el borde y salió del *Mac Donald's*, para precipitarse, ligeramente excitado, sobre sus “catacumbas”.

Se habían habituado a aquello. Había más: se habían conocido realmente a causa de tal costumbre.

Todos los días, el Padre Amable se presentaba a las cuatro y media para saborear el té que preparaba Belle. Mientras se lo bebían a pequeños sorbos, charlaban de unas cosas y otras.

Muy a menudo, el Padre Amable relataba las titánicas luchas que sostuviera en otro tiempo con los “polis”. Escuchándole, Belle creía estar viendo un remolino de esclavinas; un telón azul marino se levantaba ante los años rojos; sonaban unos nombres famosos: Sacco y Vanzetti, Ernst “Teddy” Thaëlmann, Ridgway-la-peste; agitábanse en el aire los largos sables de los guardias republicanos; los manifestantes arrojaban bolas bajo los cascos de los caballos; se organizaban las batallas contra los Cruces de Fuego, a quienes el Padre Amable llamaba “las colas frías”, mediante un lapsus burlesco de contraposición de letras extraído de Maurras...

Belle aprendía historia haciendo labor de aguja, haciendo jerseys para Alain, Patrick y el viejo.

Era aquélla una historia ciertamente anecdótica y parcelaria, pero presentía confusamente que aquí, al menos, la ausencia de una “H” mayúscula evitaba el rodillo compresor de la unicidad, el laminado de esta otra historia, infinitivamente más emocionante, que relataba un hombre plantado en el umbral de la muerte.

Hoy, todavía, experimentaba un sobresalto al oír los pesados pasos del viejo, gravitando sobre un escalón tras otro, al subir por la gimiente escalera.

Ella reaccionaba como Alain, cogida entre el gozo de la adopción —los dos carecían de parientes— y el recelo no bien perfilado que causaba una nueva unión llamada a trocarse, antes de que transcurriera mucho tiempo, en desgarrada separación.

La joven, no obstante, sonrió al recordar su primer encuentro con el Padre Amable. Éste había cogido con los dedos de su enorme mano de obrero metalúrgico la pequeña taza de porcelana, sin poder evitar una mueca de asco.

Luego, poco a poco, se había habituado, y ahora bebía su té sin ponerle azúcar ni leche, igual que un viejo aristócrata inglés.

La chica paró el tocadiscos, ocupado ahora por *Days of Pearly Spencer*, una melodía que se remontaba a mayo de 1968, la cual Alain escuchaba siempre con nostalgia.

A continuación, con paso rápido, fue a abrir la puerta.

El Padre Amable dio varias vueltas alrededor de la tetera antes de decidirse a hablar:

—Belle: tú has salido hoy para hacer tus cosas a la una menos cuarto, ¿no?

—Sí —respondió la joven, ligeramente inquieta.

El viejo tosió, procediendo a cargar su pipa.

—Quería referirme a los pequeños... He notado algo raro en ellos. Se habían escondido a medias, penetrando en el piso cuando tú saliste. Lo peor del caso es que no los vi al irse. Es probable que se fueran por los patios.

Le joven guardó silencio, de momento.

Le parecía una estupidez, pero lo cierto era que se había quedado helada.

Finalmente, clavó su mirada en los ojos del viejo, en los que leyó la misma inquietud.

Cogió dulcemente la mano de su interlocutor, diciéndole:

—Esperemos juntos aquí a Alain. No tardará mucho en llegar ya.

Él la escuchó en silencio, asintiendo dos o tres veces, como si en el fondo aquello casi no le extrañara.

Cuando Belle se calló, el joven consultó con la mirada al viejo, sonriendo.

Luego, sin pronunciar una sola palabra, sin disimular para nada sus movimientos, se acercó a la estantería, oprimiendo el botón de mando del mecanismo.

El panel estaba lleno de armas, esencialmente rifles y carabinas de marcas y calibres distintos.

Cuando se volvió hacia ellos, la joven y el viejo supieron leer inmediatamente en su rostro. A su pregunta, no formulada, él contestó:

—Aquí falta una *Springfield* y un *Short Lee Enfield 303*.

CAPÍTULO 10

Había optado por utilizar un arma común, de calibre “infantil”.

No sabiendo con quién iba a enfrentarse, ignorando incluso el sitio en que habría de detenerse, y temiendo una velada informada por un alboroto policíaco, semejante al de la víspera —puestos de vigilancia y barreras—, estimó conveniente no llevar consigo un arma de guerra —una FRF 1, por ejemplo—, y tampoco una de aquellas “especiales” que se construía él utilizando diferentes piezas.

Tratábase de una 22 de serie, que colocara bajo el asiento del Méhari. Una 22 “mejorada”, ciertamente, si bien esto hubiera podido advertirlo, de buenas a primeras, tan sólo un armero.

No habiendo decidido la forma de tiro, habíase provisto de cinco cargadores, para poder elegir luego. Había unos, pequeños, negros, de resortes comprimidos para nueve cartuchos: alemanes para el tiro tras tiro, italianos para el tiro de repetición.

Esperó, con los dedos entumecidos, en un sitio situado a menos de cincuenta metros del pasaje Nacional, acechando la salida del inmueble en que la madre de Serge trabajaba como portera.

Comprendió vagante la necesidad de complementar su acción: había entre los dos pasajes un camino complicado y casi secreto, formado por patios y sótanos. Entonces, para una mayor seguridad, había encargado a Belle y al Padre Amable que vigilaran el pasaje Bourgoin.

El *sniper* vio perfectamente la llegada de la moto, pero estuvo a punto de ser cogido desprevenido, ya que apenas esperaba aquello.

Todo marchaba más deprisa todavía que esta parte improbable, que él considerara.

Comprendió, con todo, el sentido de la maniobra, y sin aguardar más, muy encogido, echó a correr hacia el Méhari.

No vio muy bien la escena, pero no experimentó ninguna dificultad al reconstituir los “blancos”.

Patrick, que llegaba en la gran “Yamaha”, con el motor a bajo régimen.

Serge, saltando a la grupa, con un largo paquete bajo el brazo.

La moto, arrancando a pequeña velocidad y rodando tranquilamente hacia la calle Tolbiac.

En conjunto, nada que objetar, pero ¡aquel paquete!

El *sniper* pensó que habría dado lo mismo que los adolescentes hubieran utilizado como envoltura un plástico transparente.

Siguió de lejos a los muchachos, dudoso, no queriendo alcanzarlos en plena calle. Un poco de alboroto, una discusión, la llegada del coche patrulla y... sobrevendría la catástrofe.

Muy de mala gana, resolvió interceptar a Serge y Patrick en el mismo escenario de su acción.

Perplejo, examinaba mentalmente todas las hipótesis, inclinándose más bien por una actuación algo espontánea, un tanto impremeditada, sobre la marcha.

La moto había cruzado la calle de Tolbiac, rebasando la plazuela Château-des-Rentiers, para enfilarse el bulevar Vincent-Auriol, antes bulevar de la Gare.

El vehículo había girado en la esquina, por enfrente exactamente de las fuentes, y una buena docena de “pantalones blancos” allí estacionados —incomprensible ballet de homosexuales furtivos— levantaron los ojos para fijarlos en los adolescentes que cabalgaban en la potente moto.

El *sniper* tuvo su primera duda cuando la “Yamaha”, girando bruscamente hacia la derecha, se encontró delante de la residencia policíaca.

Unas dudas confirmadas por el vals luminoso de la vacilación del otro vehículo, con el rojo del *stop* encendiéndose varias veces, como si la moto, un caballo reacio, ansiara saltarse el paso.

Los adolescentes habían cruzado ya el bulevar del Hospital, cuando el *sniper* se rindió a lo evidente.

Identificado el objetivo, se sintió mucho más tranquilo, pensando inmediatamente en las medidas de seguridad a adoptar.

Estacionó correctamente el Méhari —el único indicio que hubiera podido conducir a otra persona hasta él— y, empuñando la 22 se apeó, ya más tranquilo.

Su canadiense no disimulaba por completo la culata de la 22, pero sus grandes pasos —se deslizaba al borde de la carrera— originaban una imagen movida, propicia para la confusión.

Acababa de atravesar el bulevar del Hospital cuando resonó el primero disparo.

Inmediatamente, el *sniper* echó a correr.

Tenía ahora el aspecto de lo que era: un soldado veterano, no afectado por vanas emociones, lanzado al asalto.

Patrick, espantado, abatió su arma.

Estaba seguro de haber apuntado bien, observando aquella cabeza en el visor. Y sin embargo, el cristal se había aureolado a sus buenos treinta centímetros de la gorra del policía que estaba de guardia.

Serge hizo fuego a su vez, pero había hecho blanco en una mano en lugar de alcanzar al hombre en el corazón.

Los dos se miraron, sorprendidos.

De repente, la “Yamaha”, estacionada en la avenida de los Gobelinos, a unos quince metros de allí, les pareció que quedaba fuera de su alcance.

Divisaron, asustados, cinco o seis figuras azules que salían del edificio a toda prisa, con su *P.M.* en la mano.

Antes de agazaparse en el espacio intermedio —unos cincuenta centímetros—, entre un CX y un 2 caballos, se fijaron en un tipo que corría dando grandes zancadas, en dirección a ellos.

Aquel hombre llevaba en la mano un rifle.

Eugène Ledit, el jefe, los había visto desde una ventana.

Eran dos jóvenes, armados con rifles, quienes acababan de hacer fuego sin que existiera una razón aparente para ello.

Dos jóvenes que, en este momento, daban la impresión de hallarse horrorizados por su gesto, habiéndose acurrucado, como dos asustadas perdices entre dos automóviles.

Sin embargo, creyó que era su deber salir el primero.

—¡Rápidos! ¡Tiraos sobre la acera! Gracias a los coches no corréis peligro. ¡Venga! ¡Os cubro!

Patrick se había tumbado ya en el suelo, pero Serge se negaba a esto, obstinadamente.

Sentíase curiosamente lúcido. Aquélla había sido una empresa demasiado ambiciosa; había acabado en un lamentable fracaso. Pero el *sniper* no tenía por qué pagar él solo los vidrios rotos.

Lo había visto llegar, no obstante, con los ojos de los viajeros de la diligencia atacada, percibiendo ya las primeras notas del cornetín, anunciando la gran carga de los Guerreras Azules.

¡Un gran hermano! ¡Un salvador! ¡Un Superman!

Él *sniper* lo sacudió para sacarlo de su ensueño, como si hubiese sido la rama de un árbol, diciéndole, precisamente todavía:

¡Serge! Yo he salido bien siempre de estos trances por encontrarme solo. Por favor, obedece, tírate al suelo.

Serge contempló a su amigo por un instante. Después, sin decir una palabra, se tendió junto a él, en la acera.

Llegaba el primer policía, muy sereno, con su *P.M.* en la mano, avanzando con paso ágil.

No era un policía raso. Tratábase de un brigada, sin duda.

En su postura de siempre, el *sniper* levantó lentamente su arma.

Eugène Ledit, citado en la Orden de la Nación, murió de un balazo. El proyectil penetró por la base de la nariz, saliendo por la nuca. Una segunda bala se llevó adelante el ojo derecho.

Jean-Claude Vedrenne, guardia, murió a consecuencia del impacto de una bala en la base de la nariz. Un segundo proyectil le alcanzó el ojo izquierdo.

Jean-Yves Médus, sub-brigadier, recibió un balazo en cada ojo.

Luego, los policías se recluyeron en el interior del puesto policíaco.

Hubo entonces una especie de tregua, mientras los transmisores de radio crepitaban frente a las bocas que reclamaban ayuda.

El *sniper* mantenía a los agentes dentro del edificio apuntando a la puerta del mismo.

Una situación precaria: los policías recurrirían a las otras salidas, y solicitarían refuerzos que, sin dificultad, le atacarían por la espalda.

El *sniper* colocó en el arma un nuevo cargador, y esperó...

La muerte. Lo más limpia posible. En combate.

El jefe de la comisaría central reflexionó durante unos momentos. Después de haber situado a los hombres detrás de la puerta, cogió una lanza-granada.

Por el estrecho intersticio de un cristal inclinado, apuntó cuidadosamente, y la granada cayó cerca de la silueta... quien la reenvió con la mano.

Muy irritado, el jefe “encuadró” al hombre de manera que no pudiese apoderarse de las granadas siguientes sin ponerse al descubierto.

A continuación, sintiéndose satisfecho a la vista de las nubes de gas, ordenó a sus hombres que se lanzaran al ataque.

El *sniper* los dejó clavados en sus sitios respectivos, tanto por su actitud como por sus tiros.

Había salido de su escondrijo con un pañuelo blanco sobre la cara, y avanzaba como un soldado en un desfile, como los “Guardias Blancos” de Eisenstein, descendiendo por la gran escalinata de Odessa, con el arma apuntando hacia la muchedumbre.

Se detenía cada tres pasos y disparaba sin apuntar, pero cada vez que apretaba el gatillo se veía girar sobre sí misma a una de aquellas figuras azules.

Se desplomaron así otros dos guardias y un inspector, alcanzados por una bala en un ojo, o en la base de la nariz.

Los policías retrocedieron, viendo entonces, incrédulos, cómo una enorme “Yamaha” efectuaba una *gymkhana* entre los cadáveres. Se disponían a abrir fuego cuando un tiro de persecución mortalmente preciso hizo estallar los vidrios inclinados. Sólo un policía de más años pudo ver el extraño ballet que se originó luego.

El tirador había lanzado su arma, recogiendo la de los jóvenes del ataque inicial. Seguidamente, con toda tranquilidad, se montó en la grupa de la “Yamaha”.

El policía ni siquiera intentó levantar su Herstal.

CAPÍTULO 11

Gardel estudió a la joven y, una vez más, se quedó profundamente turbado.

Había en ella algo de extraordinario, una especie de morboso encanto que le hacía pensar, sin que pudiera decir por qué, en el año 1925.

Era éste el de su nacimiento, en el hogar formado por un obrero fundidor y una institutriz.

Hacía ya tres años que iba por allí con regularidad, desde que el jefe del distrito le señalara su presencia.

Gardel se sabía enamorado. Locamente enamorado. Estaba convencido de que había sido objeto de una condenada broma —o algo por el estilo— que le había llevado a localizar en aquel sórdido paraje a la mujer de su vida..., unos veinticinco años más joven que él.

Se decía que no habría jamás nada entre ellos, ni siquiera una sola palabra (esto, menos todavía), pese a que desde hacía más de un año ella le miraba.

Le miraba, sí, a él sólo, en medio de aquel puñado de hombres de pie que no cesaban de frotarse la bragueta.

Ella le echaba largas miradas en las que leía... Pero, bueno, ¿qué leía él en sus ojos? Tristeza, dignidad, lasitud... Y esta llamita, casi imperceptible... Gardel conocía su significado. Seguro. No lo habría puesto en duda ni aun en el caso de que entre un millón de hombres hubiera dado con uno tan sólo que le creyera.

A esa llamita hubiera podido dársele el nombre de reciprocidad.

Y de hecho, ella sobre el escenario y él en la sala llegaban a alcanzar una especie de orgasmo grave y *voluptuoso*. Eran en este aspecto tan semejantes que el ritual se llevaba a cabo, a espaldas de todos los demás, con una sincronización perfecta.

Cuando ella se tocaba las caderas, él apretaba los puños. Suspiraban juntos en una mezcla de éxtasis y de dolor. Todavía había más: al final del número, los dos cerraban al mismo tiempo los ojos, rozándose imperceptiblemente la ingle.

Luego, se encendían las luces, y mientras se iniciaba el *strip-tease* foráneo, reapareciendo con toda su sórdida vulgaridad, ella se esfumaba, no sin lanzar una dura mirada al público.

Nada de posturas obscenas, ni siquiera sugestivas. Además, ella conservaba hasta el fin sobre su cuerpo el cinturón o tira negra, así como la pequeña banda de tul, igualmente negro, que utilizaba como sujetador.

Se iba quitando sus prendas de vestir con gestos bruscos, sin la lascivia propia de otras. Cuando se plantaba en el escenario, vestida con un conjunto azul marino y una

blusa blanca, su figura evocaba la de una joven de la alta burguesía que se hubiese extraviado en Pigalle.

Esto era precisamente el secreto del número. La presentaban al público como “Madame” Laure X..., lo que regocijaba mucho a los espectadores, quienes seguían atentamente sus movimientos a la hora de quitarse las ligas que sostenían sus negras medias.

Con frecuencia, Gardel había oído a sus vecinos comentarios halagadores, del tipo del siguiente: “Por supuesto, esta mujer no es una vulgar golfa”.

Aquello que complacía a los espectadores —la dueña del local lo había comprendido perfectamente— radicaba menos en una especie de violación moral que en el lado “real” del número. Nada de una profesional inaccesible para el clásico primo (inaccesible de no mediar el dinero). Convenía más allí una hermosa mujer —tal como la que se deseaba— que se desvistiera casi normalmente frente al público.

Luego, en virtud de una curiosa inversión, todo lo que hubiera debido actuar en contra —y, especialmente, por el lado “amateur”— constituía un atractivo superior...

Por ejemplo, la cicatriz de la operación de apendicitis, que hacía todo más “verídico”; el cuerpo, bello y emocionante, que no podía disimular la fatiga de una jornada de trabajo “normal”...

Porque la joven trabajaba. Como secretaria. Y el dinero del *strip-tease* le servía para educar a un pequeño cuyo padre había partido sin dejar sus señas.

Al leer este informe, dos años atrás, Gardel no había experimentado ninguna sorpresa. Cosa curiosa: tuvo la impresión de haberlo sabido todo con anterioridad.

Sintióse enloquecido por la ira al oír las palabras de un militar dirigiéndose a su acompañante: “Me gustaría acostarme con ésta”. Entonces, Con paso rápido, salió a la calle y al frío.

Le esperaba Quillet. El comisario de división experimentó una impresión desagradable nada más verle. A continuación, eso se trocó en un profundo malestar, nada más el otro abrió la boca.

Gardel no recordaba una matanza como aquélla, salvo, quizá, cuando la guerra de Argelia.

Los seis cadáveres yacían en la posición adoptada al caer. Una línea de tiza rodeaba los cuerpos.

Muy curiosa esa línea de tiza. El comisario no había formulado aquella observación delante de nadie, pero la verdad era que veía en ella como una absurda tentativa para perdurar. Los cadáveres eran conducidos a la *Morgue*, pero los cuerpos quedaban en sus sitios respectivos, estilizados por un trazo hecho con tiza, como si antes de desaparecer definitivamente hubieran querido permanecer allí un poco más, un poco más todavía.

Después, la primera lluvia lavaba aquellas huellas, los neumáticos de los coches borran los trazos, las siluetas de los cuerpos sucumbían por segunda vez, debilitándose progresivamente, bajos los asaltos de la vida.

Gardel se esforzó por acallar su cólera: la que dicta las peores acciones. Por ejemplo: la de acabar sin más con el *sniper...*, de haberlo tenido delante en aquel preciso instante.

Sentíase policía, pero antes que nada republicano. No hablaba jamás de ello, ya que en la actualidad la palabra “republicano” remontaba a las personas al año 1848, algo que suele suscitar sonrisas de condescendencia. Para él, ese vocablo venía a ser como una síntesis de todo su pensamiento político, en la que entraban cosas muy diversas: su apego a los grandes principios, la Constitución, las Instituciones, el conjunto de las reglas que gobiernan la vida social y democrática, en suma. Por lo demás, habiendo servido bajo dos regímenes, habiendo visto desfilar toda una plétora de ministros, unos más inútiles que otros, votaba en “blanco”, conscientemente, desde el año 1958.

Un murmullo acogió la llegada casi simultánea del prefecto de policía y del ministro del Interior. Éste, un hombre menudo y friolero, con una imagen acorde con el país que administraba, contemplaba el escenario del suceso con aire trágico, apretando las mandíbulas, la boca marcada por un pliegue amargo, que evocaba a Varus contemplando el aniquilamiento de sus legiones por Hermann der Cherusker y sus hordas de germanos junto al bosque de Teutoburgo. Pero los ojos brillantes y vivos desmentían la actitud dolorosa del héroe.

Gardel saludó con cierta reserva.

Era un hombre de las sombras y —esto resulta difícil para un policía— un solitario, como lo atestiguaban sus largos paseos.

Los girofaros, de un lúgubre azul, que recordaban la loca danza de los fuegos fatuos en los cementerios, los “flashes” de los fotógrafos, los gritos de los reporteros en sus radio-teléfonos, las docenas de siluetas, también azules, girando igualmente en todos los sentidos, los rumores de huelga salvaje entre los agentes, los parloteos de los legistas, exigiendo que se les dejara proceder a efectuar sus constataciones, y otras enloquecedoras cosas y circunstancias más, acabaron con la paciencia de Gardel, quien después de ordenar a uno de los testigos, el que le pareció menos estúpido, que le siguiera, se retiró a un despacho del cuarto piso del edificio.

El hombre, ya mayor para ser un guardia raso, habíase expresado en un tono tranquilo.

Sus frases habían sido cortas, precisas y claras. Los hechos los había valorado mediante una minuciosa descripción de las circunstancias concurrentes en el caso.

Luego, de una manera un poco más confusa —pero apartada del relato propiamente dicho—, había dado cuenta de su impresión general sobre el ataque, especificando sus diferentes fases, los distintos antagonistas.

Gardel avanzaba solo desde hacía media hora, absorto en sus pensamientos. Se sintió un poco extrañado al encontrarse de nuevo ante las “Olympiades”. Su extrañeza corría parejas con su decepción.

Por el hecho de que el tercer sótano ya no le interesaba, por el hecho de que, en el fondo, los nuevos bárbaros que hacían sonar sus tambores por las cercanías podían ser —como ocurre siempre en el período de la decadencia— factores de regeneración. Para convencerse de ello no había más que contemplar la cara del ministro, o la del prefecto, ¿no?

Gardel creía haberlo comprendido todo. Había más: tenía la impresión de haberlo contemplado todo.

Dos adolescentes en cuya ayuda había acudido el *sniper*. Porque, desde luego, se trataba de una acción del *sniper*, y de eso no cabía la menor duda. Se hallaban ante un sujeto que habría ganado el campeonato del mundo tirando con los ojos cerrados y con las muñecas sujetas por unas esposas.

El *sniper* era el individuo que se había plantado allí en misión de ayuda; era quien había alterado una situación muy comprometida, sin salida, para los dos menudos granujas.

Quedaba por posicionar —el verbo era inexistente, pero a él le agradaba—, con respecto a aquel asesino de primera, a los dos granujas aludidos. ¿Eran sus hijos? ¿Eran sus amigos? ¿Eran sus primos? ¿Sus cuñados, quizá? ¿Sus sobrinos, tal vez?

Quedaban por ser determinadas las razones de aquel ataque.

Gardel utilizó la escalera automática y, sobre el Ágora desierta llenó sus pulmones de un aire vivo y picante.

Daba por descontado que el *sniper* había acudido en ayuda de los muchachos. De ahí a pensar que sólo se trataba de una iniciativa de ellos... Pero, ¿por qué aquellos dos chicos habían decidido atacar una comisaría? ¿Para hacerse grandes? ¿A los ojos de quién?

Dio con la respuesta a esto tranquilamente, sin manifestar por ello la menor alegría, la menor emoción.

Cuando unos chicos así descubren a su alrededor a un *sniper* inalcanzable, cuando esos chicos tienen quince, dieciséis, diecisiete años, en lo que piensan inmediatamente es en igualarle. ¡Naturalmente! ¡Y se pasa a la acción! Y como los lazos de familia son como son, aquellos muchachos acaban por ser sacados de una situación desesperada por el genio del clan.

Pero esto podía revelar algo verdaderamente singular: que el *sniper*, contrariamente a lo que ocurre con los asesinos profesionales, no se escondiera de los suyos.

El taxi rodaba lentamente. Bien. Gardel no llevaba prisa, de todos modos.

Estaba obsesionado por aquella idea referente a la existencia de un temible asesino —el más temible, en su tipo, que el país hubiera conocido— que se manifestaba cual era en su entorno más inmediato.

La época que vivían podía ser calificada, en verdad, de “formidable”, de “tremenda”. Y los años siguientes exhalarían, sin duda, un perfume de apocalipsis, pues ahí estaba para juzgar, si no, la escena de ese tipo volviendo de nuevo al “hogar”, con su fusil con visor telescópico bajo un brazo y sus rollos de 500 proyectiles. Tratábase, verdaderamente, de algo que transtornaba o dejaba pequeño lo imaginario, alcanzando los flancos de la ficción pura, tan certeramente como aquel condenado iceberg que provocó el naufragio del “Titanic”.

Ordenó que le dejaran delante de su casa. A pesar de lo agitada que había sido aquella tarde, no consiguió borrar de su mente la imagen de la joven.

Un inmueble semejante a los demás, en la calle Blomet.

El comisario de división no sabía muy bien si era la calle Blomet o Bleuets. Apoyado en el brazo de una farola, se había bajado más de la cuenta, sobre los ojos, el ala de su sombrero de fieltro.

En el fondo, se inclinaba decididamente por el nombre de Bleuets^[7], ya que en aquellos momentos se sentía como si hubiese contado catorce años.

Evocó sus vacaciones en los Vosgos, con los labios manchados por las murtillas. La evocación requería su esfuerzo, pues no había duda alguna en cuanto a su condición en aquella hora: un hombre de cincuenta y cinco años, un comisario de división, esto es, un príncipe de los estados modernos y policíacos, ya con su envejecido, amigado rostro, con problemas de arterias y reumatismos... Bueno, siempre quedaba dentro de uno el muchacho, aquel que, al parecer no envejecía nunca.

La prueba: ¿no se estaba comportando ante Laura hoy como un sensible y simple muchacho?

Por un segundo se arrepintió de haberse valido de las facilidades que le concedían sus funciones para procurarse aquella dirección.

Se arrepentía, y no se arrepentía —¡la cosa no era tan sencilla de dilucidar!— de haberse valido de su amistad con el jefe de los servicios fotográficos para conseguir una foto de la joven.

Sacó su cartera, contemplando el retrato en cuestión. La falda alcanzaba los tobillos. Imaginábase el movimiento de la cintura, que, oscilando ligeramente, hacía resbalar la tela. Veía el busto, tapado por una blusa negra transparente, las largas piernas, las medias negras, las bragas, sus brazos, y su rostro de expresión ausente, lejana, que le daba el porte encantador de una sacerdotisa.

Tragó saliva.

La pureza y el fango, la blancura de los muslos, a partir del límite superior de las medias negras.

Blanco/negro: no se apartaba de aquella joven, y al mismo tiempo seguía siendo lo que era, como Jano, con sus dos caras. Blanco/negro: ex muchacho, viejo comisario de división.

Los dos se parecían; lo habían sentido. Por tal razón...

Se frotó los párpados, incrédulo.

La joven se encontraba frente a él.

CAPÍTULO 12

El *sniper* rodaba tranquilamente, como era su costumbre.

No se sentía a gusto, por el hecho de no haber dormido sus ocho horas habituales. Por otro lado, los titulares de los periódicos le habían desmoralizado algo.

Pero no se dejaba ganar del todo por la depresión. Cuando pensaba en los acontecimientos de la víspera, viéndose atrincherado entre dos coches, enfrentándose con toda una comisaría, experimentaba la impresión de llegar de muy lejos.

En el fondo, habíase dicho, sin sentir ninguna particular emoción, que iba a morir allí. Indudablemente, por esta razón había disparado a los ojos y a la nariz, por aquello de terminar con todo de un modo brillante. De haber sabido lo que iba a pasar, hubiera apuntado a las piernas de los hombros.

Aquellos seis policías le causaban una gran inquietud... Eran unos tipos, en suma, que no le habían hecho nada. Sus muertes no le reportarían un solo franco. Tratábase de unos hombres muertos para nada.

Echó, nervioso, un vistazo al retrovisor, comprobando con satisfacción que no se había ruborizado, en absoluto, contrariamente a lo que creyera.

Llevaba en él algo de malsano, una especie de enfermedad vergonzosa llamada remordimiento y que le resultaba insoportable.

Era demasiado práctico para enemistarse con los adolescentes. El mecanismo de su acción era fácil de analizar. Muy objetivamente, se consideraba responsable en parte.

Patrick, el promotor del proyecto, le había sorprendido bastante.

Serge, no, en modo alguno.

Hacía ya mucho tiempo que descubriera la sangre fría del muchacho. Todo había sucedido al estilo de las fieras cuando se gruñen mutuamente, observándose.

Una ejecución digna de un profesional. Serge había depositado a Patrick en las proximidades del metro de Gobelinos. Luego, dando la vuelta a la plaza, había ido en su busca. Le había buscado cuando él acababa de despedirse de la vida.

Enérgicamente agarrado a los puños del manillar de la “Yamaha”, Serge había descendido por los Gobelinos. Luego, siguiendo por un gran bucle, pasó al bulevar Auguste-Blanqui, en la proximidad de la plaza de Italia. Una vez aquí, había propuesto al *sniper* ocultar los rifles en una vieja estafeta. Dos minutos más tarde, el chico lo dejaba en la avenida de Italia, antes de disponerse a extraviar la “Yamaha” en la calle Brillat-Savarin.

Después, volvió a pie.

El *sniper*, pensando en todo aquello, emitió un silbido de admiración.

Él había sido también algo engreído siempre.

Lo primero que hizo nada más hallarse en la avenida de Italia fue quitarse la canadiense, dándole, además, la vuelta. De este modo, avanzó llevando al brazo un chaquetón de piel de cordero. A continuación, imitando a algunos transeúntes, algunos de los cuales iban en bata, se desplazó a la plaza de Italia, de donde provenían los lúgubres lamentos de varias sirenas.

Ya allí, puso buen cuidado en contemplar los coches de la policía que convergían en el lugar con esa mirada curiosa y ansiosa a medias que suele ser patrimonio de la burguesía presumiblemente inocente y de los bribones que, por tradición, se inspiran en el modelo de aquélla.

A diferencia de los burgueses, estimó poco o nada prudente seguir avanzando más, en dirección al edificio de la policía, e, imitando al ciudadano asustado, montó en su Méhari, como si se hubiese propuesto alejar su vehículo de aquel lugar inconveniente.

Sin dar muchos rodeos, enfiló el bulevar Auguste-Blanqui, localizó la estafeta y se detuvo al lado, en doble fila.

Luego, apeándose de su vehículo, levantó el capó, examinando el motor con un gesto de perplejidad.

Finalmente, se deslizó bajo el coche, sacando los rifles de sus sitios.

De rodillas entre dos automóviles, echó un vistazo a los inmuebles que quedaban frente a él, al otro lado de la explanada.

Después, una tras otra, colocó las armas bajo los asientos. Puesto en pie, hizo rugir el motor. Haciendo ostentación de alegría, salió de allí lentamente, acelerando el funcionamiento de un motor que acabara de poner en marcha.

La acogida había sido algo tumultuosa.

Patrick gemía en un rincón, Belle lloraba, Serge observaba obstinadamente sus viejos “Clarks”, y el Padre Amable declaraba con voz tempestuosa que, “No obstante, todo tiene sus límites”.

El *sniper* se dijo que, indudablemente, por eso había dormido tan mal.

Y por eso también se había defendido tan malamente, enseguida, en el garaje. Aquí se produjo el cambio puro y simple, sin compensación en metálico, de un Méhari 1978 por un Pick-up Mazda 1976: era una operación digna de figurar en los anales de la picaresca.

Sobre todo, teniendo en cuenta que el Mazda llevaba hechos ya 50.000 kilómetros. Esto no daba lugar, ciertamente, a una rescisión del contrato de compra, ya que el vehículo figuraba entre los más duros, pero habiendo pertenecido el mismo a una empresa de construcción, cabía pensar que había estado sometido a severas servidumbres.

Esto aparte, hay que señalar que se trataba de un buen coche, de fácil conducción, cuyo aspecto “artesanal” quedaba realzado por el hecho de haber pertenecido realmente a uno de ellos.

Aparcó en la explanada del bulevar Jourdan y consultó su reloj.

Unos minutos más tarde, entraba en el parque Montsouris.

Lo reconoció inmediatamente: aquel hombre era Henri Bouxin, alias Harry.

El *sniper* se detuvo, observando la espalda de su “intermediario”. Una espalda anónima, un abrigo de un gris semejante al del asfalto, una cabeza redonda, de cortos cabellos.

Harry, siempre perfecto, repartía migas de pan entre las palomas que se habían ido agrupando en tomo a él.

El solo hecho de haber pensado en proveerse de pan para aquello, ya suscitaba admiración en el *sniper*. Harry era un verdadero camaleón, un tipo capaz de sentarse a la derecha del Presidente con tanta naturalidad que nadie —ni siquiera el jefe de Estado— llegaría a preguntarse qué hacía en tal sitio...

Harry volvió la cabeza, y el *sniper* experimentó un sobresalto.

Los cristales negros de las gafas y su armadura no podían disimular el hundimiento del arco superciliar, y bajo un ojo la mancha azul-negra que descendía hacia la mejilla. En los labios, como hinchados, zigzagueaba un hilo negro.

El *sniper* no formuló comentario alguno.

Se sentaron en un banco.

Harry siguió arrojando a las palomas sus migas de pan, que pellizcaba en el interior de una bolsa de papel oscuro.

Parecía sentirse muy absorbido por esta tarea, pero de su persona emanaba tal tensión que el *sniper* se sentía molesto, incómodo.

Finalmente, con voz glacial, Harry inquirió:

—¿Fué lo de ayer por la tarde un asunto privado?

—¡Estrictamente privado! —respondió el *sniper*, adaptando su tono de voz a la de su interlocutor.

Y esto fue todo.

Al menos, con respecto al ataque al centro policíaco.

Luego, sin interrumpir la distribución de sus migas de pan, Harry manifestó:

—Eso es el fin.

—El fin... ¿de qué?

—El fin de nuestra asociación.

—¿Por causa de lo que sucedió ayer?

Harry esbozó una especie de sonrisa indulgente, que se transformó enseguida en una mueca dolorosa.

En un tono más blando, aquél explicó:

—Nada tiene que ver ese asunto con ello. He sido localizado, esto es todo. Conozco de vista a los sujetos que me han sacudido el polvo: gente de Grimaldi.

—¿Grimaldi?

—Grimaldi es la pieza esencial, sobresaliente... ¡Es el hombre importante! Mantiene relaciones muy buenas con ciertos políticos... No hay quien lo destituya.

El *sniper* guardó silencio durante unos instantes. Luego, pensó en Amalvi, encuadrado por sus guardaespaldas del ministerio. Seguidamente, le propuso, con toda sencillez:

—Podría ocuparme de él.

Y muy rápidamente, agregó:

—Al ojo.

Sonrió, para volver a hablar después:

—Quiero decir: a título gratuito.

Harry se quedó inmóvil, con una bolita de pan en las puntas de sus dedos, como si vacilara.

Finalmente, arrojó a las palomas el pan y respondió:

—Te doy las gracias por tu ofrecimiento. La verdad es que no lo olvidaré nunca. Pero no vale la pena ya: he empezado a huir. Liquidado este asunto. Me voy a América del Sur.

¡Espera! Esa gente te ha atacado... Podría tratarse de una equivocación, ¿no?

—No.

—¿Les has hecho algo?

—Nada.

—¿Lo ves?

Harry volvió su maltratado rostro hacia el *sniper*, explicando calmadamente:

—No se trataba de romperme las narices, al principio.

—¿Cómo fue eso?

—Me salieron al paso en la planta baja de mi casa, pidiéndome que saltara a su coche, estacionado junto a la acera. Se mostraron corteses los hombres, pero aquello olía a muerte. Y a sabes a qué clase de “olor” me refiero...

—Lo sé —replicó simplemente el *sniper*.

—Me negué. Y armé enseguida la tremolina. Hubo allí hasta aullidos. Entonces, sentí que me apoyaban en un costado el cañón de una pistola. Estaban haciendo comedia, en realidad. Si ellos hubiesen querido liquidarme... No tardé en darme cuenta de que lo que pretendían era que yo les acompañara, para someterme a un interrogatorio.

El *sniper* había comprendido.

—¿Es a mí a quien quieren esos hijos de puta?

—No. Les interesamos los dos. El equipo completo, en suma.

—¿Te lo hizo saber uno de ellos?

Harry introdujo su manaza en la bolsa de papel. Había ahora unas cuarenta palomas alrededor de los dos, es decir, para Harry, treinta y cinco de más.

Se levantó y anduvo unos cincuenta metros, arrojando entonces el contenido de su bolsa al suelo, sobre el borde del paseo.

Las palomas se precipitaron sobre aquel punto, produciendo un confuso rumor de arrullos, roces de alas y choques de picos.

El *sniper* observó con aire benevolente a la figura redonda que, haciendo gala de un gran civismo, se había detenido frente a un cesto de acero, con calados, al interior de cual tiró su bolsa después de haberla arrugado formando una bola.

Se había equivocado. Habiendo convenido en evitarse mutuamente, de ser él fiel a lo acordado habríase ahorrado de tener que adoptar aquella actitud tiesa, estirada, casi prusiana...

Harry se dejó caer pesadamente a su lado, explicando:

—Esto puede servir de pretexto. ¿Te acuerdas de aquel abogado que tú te cargaste el año pasado, en Valence?

—Sí.

—Era un viejo amigo de Grimaldi. Ante un contrato, yo me informo más bien diez mil veces que una, y aquí supe, seis meses después, quien era el verdadero comanditario.

—¿Grimaldi?

—Justamente. Pero esto carece de importancia. Nuestro abogado se tambalea. La verdadera causa de esto es su temor a las inspecciones policíacas; la cifra de negocios disminuye... Quien dirige la danza es un viejo divisionario. Él desearía que hubiese un golpe de mano por parte del *milieu*, pero se le escocería la garganta de exigir tal cosa. Así que, como ves, por un lado ejerce una presión no posible, y por otra envía a sus hombres para que digan, muy sinceros y convencidos: “No os inquietéis. Cuando el *sniper* sea cogido todo esto se acabará. Sólo se trata de un capricho de nada de nuestro gran jefe”.

Harry se calló se pronto.

Esperaron a que se alejara una pareja de enamorados, y entonces el *sniper* apuntó:

—En resumen, ¿has venido a decirme adiós?

—¡No es eso, exactamente! —replicó Harry, evitando sonreír. A continuación, añadió, muy calmadamente—: “Hay dos contratos. Juntos. Se trata de dar dos veces con una sola piedra. Y son los últimos. ¿Te parece bien?”.

—¡Ya lo creo! Siempre que tú lo hayas preparado todo correctamente, en fin, sin prisas...

—¡Sin problemas, hombre! —contestó Harry, para *añadir*, con voz cálida—: ¿Sigue siendo el campo tu *sueño* de antes?

—Como siempre.

—¿Cuánto te falta?

—Treinta “palos”.

—Se encuentran en mi coche, en unión de los expedientes relativos a los dos clientes nuevos.

El *sniper* no podía soñar con tal cosa. Alcanzar con tanta rapidez su meta...

—Harry...

—De nada, hombre... Es lo convenido, en concepto de honorarios. Hubiera tenido poca gracia que al final te hubieses separado de mí quejoso. He de confesar, avergonzado, una vez dicho esto, que siempre te engañé.

El *sniper* no dijo nada a esto. Después, bruscamente, exclamó:

—¡Vámonos a tu coche!

Sujetando su cartera de mano, fijó la mirada en Harry, quien, acodado en la abierta portezuela, no se decidía a partir.

El *sniper* fue el primero en tender la mano.

—¡Adiós, Harry! Y no te olvides de comprarte un sombrero, si quieres pasar inadvertido.

Los labios de Harry se distendieron en una especie de sonrisa patética. Apretó la mano que le tendían con fuerza y contestó con voz que delataba su emoción:

—¡Adiós, *sniper*! Y cuando llegue la Navidad que no se te ocurra dar muerte a tus pavos valiéndote de un rifle dotado de mira telescópica, pues eso haría que la gente se fijara en ti.

CAPÍTULO 13

Gardel esperaba aquello.

El 22 no llevaba ningún número, no presentaba ninguna huella, ni inscripción.

No revelaba ninguna unidad en cuanto a la procedencia, sino que era más bien el fruto —lo cual explicaba la precisión del tiro— de una genial operación de bricolaje, a partir de tres armas diferentes.

El comisario de división dejó a un lado el informe y, pescando a Quillet al vuelo, descendió al “parking”.

Era aquél un bar miserable de la avenida de Choisy, pero a Gardel ésto le tenía sin cuidado.

No tenía que dar cuentas a nadie de lo que hiciera, pero estaba decidido a conocer a fondo el barrio, a impregnarse bien de su ambiente, a “penetrarlo”.

¡Estaba tan lejos, sin embargo! Exactamente, en un pequeño apartamento, un “dos piezas”, de la calle Blomet...

Revivía cada segundo de la noche anterior, cada uno de aquellos instantes extraños y fabulosos que le habían chupado la sangre con más seguridad que un vampiro.

Había sido aquélla una escena que no se asemejaba a ningún modelo literario, al menos de los conocidos por él.

Inmediatamente después de haberla visto, se había levantado el ala de su sombrero mediante un golpe del pulgar. A continuación, lamentó el gesto, por demasiado tradicional. Lo sintió todavía más por el hecho de estar en él ese movimiento fuera de lugar por completo, a causa de *su* costumbre de llevar el sombrero en posición horizontal.

Pero ella no había dicho nada. Apenas había llegado a esbozar una sonrisa.

Habíala seguido por la escalera, subiendo luego al menudo apartamento, adivinando aquí la minúscula cocina, y allí la habitación en que dormía la joven.

Sin pronunciar una palabra, ella se subió a la mesa y, lentamente, fue desnudándose.

Él la miraba situado a menos de un metro de distancia, con el gabán colocado sobre la espalda, con el sombrero de fieltro todavía sobre la cabeza.

Cuando la joven se quedó a la vista de él con el sujetador, las bragas, las ligas y las medias negras al aire, se detuvo, justamente como hubiera podido hacerlo una muñeca mecánica a la que se le hubiese acabado la cuerda.

Legítimamente desbordado, su mente se había retrasado con respecto a todos sus sentidos, alertados. En vano había intentado sincronizar su alma, su corazón, su cuerpo y su cerebro, como si hubieran sido las cuatro extremidades de un caballo lanzado en alocada carrera.

Obedeciendo a su instinto, se sumió en una prolongada contemplación de la maravillosa muñeca que, inmóvil, miraba al frente.

No pensó ni por un momento que pudiese estar loca. No buscó, por ello, explicación para las lágrimas de la joven estatua. Ante aquel cuerpo de treinta y tres años, una sucesión de negros y blancos, la palabra “voluptuosidad” acudió a sus labios, al mismo tiempo que en vertiginosa caída se sumergía en el tiempo, evocando Fenicia, Arabia, la República de Venecia, todos ellos, para él, lugares inesperados, mágicos y vagos.

Adivinó la llegada del “momento” por un movimiento de las pestañas de Laura. Dio tres pasos.

No había vacilado.

Su frente entró en contacto con las bragas.

Su boca se posó sobre los muslos, por encima de las medias negras, exactamente.

Las ligas parecían dos barrotes de satén.

Lamió largamente la dulce piel, francamente, sin “desbordarse”. Luego, retrocedió con viveza.

Dos minutos más tarde, se encontraba fuera.

El aire frío no disipó nada de lo que sentía, de lo que le embargaba, especialmente su felicidad.

Él debía merecerla. ¡Exactamente! Pensaba facilitarle mil pruebas, en tal sentido, más que si se hubiera tratado de una virgen alarmada. Después de haberse tenido que exhibir ante aquella manada de hombres que no la perdían de vista mientras se daban masaje en sus pretinas, la joven tenía derecho a exigir determinados testimonios de sinceridad, ¿no?

Sentíase en plena forma, arriesgándose a hacer un guiño a Quillet, sentado delante de él, quien, a causa de su sorpresa, estuvo a punto de caerse de la silla.

Por supuesto, el mundo resultaba extraño, y estaba bien que fuera así.

Gardel echó un vistazo a la encargada del local, una buena mujer, gorda, que había rebasado ya los sesenta años, y a la lúgubre clientela, compuesta de pequeños comerciantes, artesanos, un jefe mecánico y su “empleado-kollabo” —“capital-trabajo mano a mano”—, un representante de comercio de la quinta zona, un vendedor de coches de ocasión luciendo el inevitable y gigantesco anillo de siempre, una comerciante en aves...

Gardel creía adivinar en aquellos seres unas manos húmedas, unas conciencias y unos calzoncillos dudosos, un montón de imágenes de manchas que ensombrecían su

buen humor.

El comisario de división se fijó en un viejo cubierto de cintas: la de la cruz de guerra, la del valor militar, etc. La patrona se acercó a Gardel, diciéndole al oído, pero suficientemente alto, para que todo el mundo pudiera percibir sus palabras, ya que aquí abajo nada, con la excepción del odio, es gratuito:

—¡Es un señor! ¡Ha leído todas las obras de Montherlant!

El vaso de Gardel, en el que se agitaba un “pastis” denso, mostraba una huella de “rouge baiser”, que le revolvió el estómago. Miró hacia otro lado, y entonces oyó pronunciar esta frase surrealista:

—¡Su hijo debiera besar por donde usted pisa, señora!

La imagen hizo sonreír a Gardel, sin que éste se sintiera divertido, realmente. El anciano de antes se había puesto en pie haciendo penosos esfuerzos. Nada más retirarse, la patrona dijo a Quillet:

—El Trece, Ivry, Choisy, ¡es peor que antes! ¡Está lleno de vejestorios!

Quillet, en plan moderado, reaccionó, sin convicción:

—Pero usted acaba de decir que ese anciano era un “señor”, que había leído todas las obras de Montherlant...

—¿Él? ¿Ese viejo podrido? ¡Pero si ni siquiera sabe leer!

Gardel decidió no prestar atención a la mujer. Su mirada se detuvo en un punto situado por encima de la cafetera, donde había un escrito amarillento que contenía una cuarteta inspirada en la sabiduría popular:

*Un vieillard m'a dit
Et il avait raison:
Si tu fais crédit,
Tu perds ta maison^[8].*

Este arco de triunfo a la picaresca feroz sobre fondo pragmático estuvo a punto de dejar al comisario aniquilado.

Esforzándose por conservar la calma, intentó averiguar a conciencia qué era lo que originaba un problema en ese tipo de sabiduría: la figura del viejo detentador del “buen consejo” gracias al peso de los años no se sostenía en pie ni por un segundo. En el fondo, un estúpido es siempre un estúpido, y si el estúpido en cuestión es, además, centenario, esto constituye más bien una circunstancia agravante.

Evitando cuidadosamente el rojo de labios, Gardel tomó un sorbo de “pastis” sin apartar los ojos de aquel rótulo que le obsesionaba. Notábase a sí mismo como si fuera hundiéndose en un lúgubre abatimiento, salmodiando incesantemente:

Un vieillard m'a dit...

Luego, brutalmente, la tendencia se invirtió. El comisario Quillet, que le conocía bien, vio crisparse y sentir de nuevo el gusto por la lucha. Al observar así a su jefe

evocaba inevitablemente a una antigua locomotora que fuera alcanzando más y más velocidad.

Quillet se apresuró a regular la nota, antes de que fuese demasiado tarde.

Nada más haber girado sobre sus talones la patrona, el divisonario, de pie, afrontó el ridículo recitando las palabras de la cuarteta con voz estentórea.

Tratábase de una cuarteta algo deformada.

—“Un vieillard m’a dit”... ¿De qué derecho me hablas tú? ¡Venga! ¡Tus papeles! “*Si tu fais crédit*”... ¡Saco mi 38 y le atizo un golpe en la cabeza! Pero él respira todavía, esta vieja carnuza, y me suelta, lúcido: “*Et il avait raison*”... Entonces, atrapo un bicho que se arrastraba, introduciéndoselo en la aorta, y a continuación pego fuego a su viejo cadáver cargado de sabiduría, pero el viejo y viscoso chacal me escupe el epílogo: “*Tu perds ta maison*”... ¡No hay quien sea capaz de lograr que el viejo granuja reviente! Pues entonces, ¡hay que utilizar la cal viva y el ácido clorhídrico! Un golpe de rodillo compresor, una alfombra de bombas, y tarea cumplida... da...

Un silencio mortal se abatió sobre el local.

El divisionario se echó el sombrero hacia la nuca, pasando sus pulgares por unos imaginarios tirantes, y con voz burlona y aire satisfecho, repitió:

—¡Tarea cumplida!

Una vez fuera, habiendo recobrado su soberbio humor, Gardel —al estilo de Catilina— se inclinó hacia Quillet, manifestando con un gesto de conspirador:

—¡Tengo veinte años, viejo amigo! ¿Es usted capaz de comprenderlo?

—No, jefe. ¡En absoluto!

Dentro del bar, en silencio, todos continuaban intentando fijar en la memoria aquella cuarteta.

CAPÍTULO 14

Él había leído atentamente las dos fichas.

Había allí, por cada “cliente”, unas quince hojas de papel mecanografiadas.

Harry, fanático de la reserva, había considerado siempre peligroso extenderse demasiado. En consecuencia, no había por qué exponer las razones determinantes de la formulación de un “pedido” por parte de un hombre.

Pero, en ocasiones, el detalle de la situación de los “clientes” permitía al *sniper* adivinar algo. Era aquél un proceso inverso con respecto al adoptado por Harry. Aquella manía de explicar la subida de los “clientes”, las tensiones que suscitaban, los peligros que afrontaban, y los hombres que, inevitablemente, en un momento u otro, habían aplastado...

Por añadidura, ahí estaban las informaciones referentes a la marca de los cigarrillos del cliente, a su bebida preferida, a su diario favorito... Las fichas, atestadas de direcciones, daban cuenta en algunos apartados más o menos extensos de los nombres de familiares, amantes, amigos...

El *sniper* dejó a un lado aquellas hojas, un tanto distraído por las notas de *Love me tender*^[9], disco que Belle acababa de colocar sobre la platina, después de haber escuchado *My generation*.

Le costaba mucho trabajo concentrarse, y la presencia del Padre Amable —“Yo no soy un hipócrita, pequeño”— no arreglaba las cosas, precisamente.

Había leído aquellas notas una docena de veces. Incluso había llegado a visitar ciertos lugares.

El asunto le parecía bastante claro, quizá por el hecho de haberse aproximado él algo a las ciencias económicas.

Los dos hermanos Weitgen disponían de una mayoría en cuanto a limitaciones de precios máximos. Los accionistas y “allegados” de los Weitgen disentían en ciertos aspectos a propósito de la Unión Soviética: el fin de los Weitgen era el fin del bloqueo y la apertura de los mercados del Este...

Había terminado por elegir el sitio, esperando algo antes de darlo por definitivo por lealtad a Harry y a sus “patronos”. No obstante, pensaba actuar con muchas rapidez. Juzgaba prudente dejar pasar el menor tiempo posible entre el pedido y su ejecución.

La última vez, con Amalvi, los “comanditarios” se habían alarmado, y uno de ellos, anónimamente, previno, sin duda, a los policías, lo cual explicaba su presencia cerca del diputado corrompido.

Esto, ciertamente, no había alterado la marcha de las cosas. La verdad era que así habíase dado un interés inédito a la “caza”, agregando una nota ambigua a la extraña relación cazador/presa, que diferenciaba aquélla de las ejecuciones habituales.

El *sniper* consultó su reloj. Disponía de tiempo para efectuar sus comprobaciones sobre el lugar de actuación y regresar, seis horas más tarde, para cumplir ya su misión.

Estacionó el Mazda a un kilómetro del objetivo. Después, con un paso algo pesado, procedió a efectuar un reconocimiento.

El distrito XII apareció ante él como un sector ferroviario cubierto, aquí y allí, por numerosas naves, inmuebles de lujo y fachadas burguesas. Había allí también un porcentaje elevado, con respecto al resto de la capital, de viviendas individuales.

La calle tenía un bonito nombre, que contrastaba agradablemente con los que figuraban en esas placas siniestras que se refieren a generales, galoneados diversos y hombres políticos más o menos vendidos.

La calle Meuniers le inspiraba... Avanzó por ella una vez más, para cotejar la imagen que daba.

Nadie prestó atención a este obrero vestido con prendas azules descoloridas, luciendo bigote y patillas muy frondosos.

Satisfecho de su disfraz, el *sniper* realizó una segunda pasada, concentrando su atención en las habitaciones.

Estando a medio centenar de metros de la avenida del General Michel-Bizot, en la cual desembocaba la calle Meuniers, echó un vistazo a determinada casa, que formaba como una oquedad en la línea de fachadas.

Una hermosa vivienda aquélla, de un solo piso, que databa de principios del siglo XIX, contando con un desván dotado de un ojo de buey. Una bagatela de ciento veinte “palos”, adquirida dos años antes por los hermanos Weitgen, para su amada.

Indudablemente, era una buena cerda aquella Pamela, que se entregaba a los dos hermanos, con el auténtico beneplácito de estos, por cierto...

Pero esto constituía más bien algo positivo. Los hermanos, unos paranoicos, parcialmente, cuando se decidían a hacer una visita a Pamela ordenaban al chófer que se quedara en casa.

Aquello se asemejaba, casi (dicho sea con los debidos respetos), a un servicio religioso. Producíase la llegada de los dos hermanos con Paul, el más joven, al volante del coche; el Mercedes se quedaba mal estacionado, sobre los adoquines, frente a la vivienda; un leve vistazo a la derecha, un pequeño vistazo a la izquierda (nada más estúpido), y luego la llave que entra en la cerradura de la puerta, y dos sombras que galopan hacia el séptimo cielo.

El *sniper*, por puro capricho, recuerda la fotografía de Pamela: una bella rubia, carnosa, de veinticinco años. En la foto, un mal trabajo de aficionado, aparecía equipada con un corsé de cuero, calzando botas, con las manos enguantadas —los guantes eran de la época medieval, de grueso cuero, con puntas de acero en las

falanges—, y empuñando un látigo de siete correas (dato que figuraba en la ficha correspondiente).

El *sniper* llegó a la avenida del General Michel-Bizot, echando un vistazo a la pasarela.

Jamás, en ninguno de los asuntos que había afrontado, había dispuesto de una tan perfecta.

La calle Meuniers terminaba, ciertamente, ante la avenida del General Michel-Bizot, pero después de la acera, y en la alineación de la calle, había una pasarela, con una altura de veinte peldaños, que se deslizaba por encima de la vía férrea. Vía férrea que no era otra —esto divertía mucho al *sniper*, muy aficionado a los “signos”— que el ex Pequeño Cinturón. Aquí se encontraba a unos dos kilómetros, aproximadamente, de la calle Regnault y de su hangar, ahora célebre...

Dispararía desde lo alto de la pasarela.

Él sabía que hacia las ocho casi nadie la utilizaba. No obstante, juzgó más prudente hacerse con unas cuantas barras metálicas, que, unidas en un haz, y soportando dos largas vigas de acero pintadas en blanco y rojo, impidieran el paso en cada entrada.

Este material, del que había sido eliminada cuidadosamente toda clase de huellas, esperaba el momento de ser utilizado ya en la Mazda, oculto por la cubierta de lona y perfectamente atado.

Llevado todo aquello a cabo, sin novedad, sólo tendría que deslizarse a lo largo de la pasarela para ir a parar al bulevar Poniatovsky.

Tranquilamente.

Subió al vehículo, sin sentir la menor inquietud. Para distraerse, pensó en Harry, quien, indudablemente, se hallaría ya en aquellos momentos por Acapulco o Copacabana.

Desde luego, aquel Harry era un organizador nato.

Era una especie de espía genial, que a buen seguro habría hecho la felicidad de los miembros del S.D.E.C.E. o de la C.I.A.

Un trabajo como el suyo debía contener muchos instantes de angustia. Unos planteamientos tan netos exigían la existencia de un material de escucha perfecto, de numerosas complicidades...

Perplejo, el *sniper* se preguntó cómo, por ejemplo, Harry había podido hacerse con el “guión” de los sainetes interpretados por Pamela y los hermanos Weitgen.

Ocupándose con naturalidad del volante del Mazda con una mano, el *sniper* encendió un Rothman, dedicándose a imaginar aquellas representaciones, muy particulares.

La resultaba todo tan absurdo, tan falto de consistencia, que se echó a reír.

Aquello comenzaba como en ese truco de feria del *Au théâtre ce soir*: una especie de musiquilla, y luego una pequeña cortina roja que se levanta. Y he aquí a los dos hermanos a pelo, a gatas, llevando cada uno su collar. Los dos industriales, antiguos

alumnos del Politécnico, diplomados de Berkeley, fundadores de un grupo de envergadura europea, campeones de las tecnologías más avanzadas, dicen incesantemente: “¡Ua, ua!”. ¡Los muy botarates! Y Pamela, ataviada con una de esas faldas cortitas de bailarina, les da unos toques con el junquillo de que es portadora, al tiempo que les grita: “¡Tendidos! ¡Ah, qué sucias bestias sois! ¡Abajo, chuchos!” Y los dos payasos contestan: “¡Kai-kai!”. Telón. Fin del primer sainete.

Risueño, el *sniper* imagínase a los obreros del grupo viendo a sus dos jefes sobre una pantalla gigante, en dicha postura.

Segundo sainete: los hermanos Weitgen reposan, uno al lado del otro, en sendos féretros, con la cabeza envuelta en un sudario, y el pálido rostro, maquillado, cubierto de polvos de arroz.

Un drama de familia, sí.

Entrada de Pamela con las notas —fonógrafo de la época, de cilindros— de *Un simón correteaba*. Pamela es portadora de una cola de caballo, lo cual, desde el punto de vista del autor del guión, Henry Weitgen, es natural, ya que ella representa el papel de un jumento, cosa que alude directamente al simón de la melodía citada.

Parada para hacer pipí de Pamela-jumento, quien, en cuclillas, falta al respeto a cada uno de los hermanos... sobre sus rostros, precisamente.

Reflexión del primer macabeo, Henry Weitgen, “¡Este jumento es de una insolencia increíble!”.

Réplica del segundo macabeo: “¡Sí, la muy cochina, pero qué grupa!”.

Lamentable, piensa el *sniper*, que había dejado de sonreír.

Le chocaba que unos seres como aquellos, acabados, detentaran tales poderes.

Mejor dicho: le hería tal idea.

Iba a ocuparse de aquellos dos seres cargantes.

Pamela podría orinarse sobre ellos a su antojo, y seguro que la pobre no desaprovecharía la ocasión que se le deparaba.

Con la diferencia de que entonces se enfrentaría con dos auténticos cadáveres.

CAPÍTULO 15

Ya no abrigaba la menor esperanza.

Él reventaría allí de todas maneras, aunque decidiera vender al *sniper*.

Podían abandonarlo ellos con toda tranquilidad en aquel lugar: en el mejor de los casos, su esqueleto sería descubierto un par de años más tarde.

Harry conocía las reglas, las no escritas, las más eficaces. Cuando unos tipos desconocidos son capaces de secuestrar a alguien en pleno aeropuerto, ante las narices de los C.R.S., exhibiendo sus carnets policíacos, hay que pensar que anda por enmedio una sólida organización.

Y la suerte está echada cuando los tipos que le torturan a uno actúan con el rostro descubierto.

Lo mismo cabe decir con respecto al blocao “arreglado” escogido como refugio, seguramente alquilado por un año. Aquellos sujetos no se habían molestado en ocultárselo, dejándole ver con toda claridad, incluso, el rótulo del muro con el nombre del poblado.

En cuanto al regreso, no podía abrigar la menor esperanza.

Dos días atrás, habían procedido a efectuarle una enucleación, y para evitar que la herida se le infectase habíase cauterizado ésta con un hierro al rojo vivo.

No tuvo problemas con esto: habiéndose desvanecido, no había llegado a proferir ningún grito.

Todo eso no guardaba la menor relación con la sesión de aquella mañana.

Por la mañana se había desvanecido en varias ocasiones, pero sin que sus dolores quedaran atenuados por ello.

Aquello había sido terrible, algo en lo que no se le había ocurrido pensar antes, pero aún resultaba más atroz el aplastamiento de las uñas a golpes de martillo.

Comparado esto con las torturas anteriores, que habían soltado por completo su vientre —estaba materialmente cubierto de excrementos y sustancias vomitadas—, observadas todas las proporciones, aquello le había parecido casi más soportable, sin embargo.

Sentía, en los extremos de sus dedos, aplastados, los menudos huesos quebrados, reventados en forma de astillas que perforaban sus nervios. Pero se sentía ahora feliz, realmente, por no tener ya una sola uña.

Con el único ojo que le quedaba, el cual le proporcionaba una imagen difuminada, borrosa, estudió su celda, un pequeño recinto situado junto a otro grande, en el que sus verdugos se regalaban con algo.

El hormigón estaba húmedo; allí dentro había un olor insoportable a orines y excrementos, los suyos, Una grieta en la pared había sido tapada recientemente.

Indudablemente, aquello había sido en otro tiempo un nido de ametralladoras pesadas. El recinto resultaba demasiado exiguo para haber acogido un 75. En el mejor de los casos, allí hubiera podido ser instalada alguna pieza de artillería ligera.

Había una gran humedad en todas partes. Desde luego, en los muros, que rezumaban, pero también en sus huesos, o lo que de ellos quedaba.

Los dos individuos no hablaban nunca, o casi nunca.

Uno de ellos preguntaba:

—¿Quién es el *sniper*?

Y el otro le asestaba golpes continuamente, deteniéndose de vez en cuando para decirle:

—Te tenemos reservado un pasaje...

La pura verdad. Le habían colocado su pasaje de avión ante los ojos, bueno, ante el ojo, y en el suelo, hasta que él lo desagarrara...

No les había concedido el menor crédito, ni por un instante. Cosa curiosa: tampoco ellos se esforzaban por que los creyera, como si sólo pretendieran guardar las formas.

Harry había entendido perfectamente el juego.

A Grimaldi le hubiera encantado hacerse con el *sniper*. Este constituía una hermosa pieza, un pájaro de presa que no habría desdicho de la mejor colección.

Ahora bien, el *sniper*, solo por completo, sin él, sin su viejo amigo Harry, ya no era nada.

Todo lo más, era como una fiera ciega, asestando sus temibles zarpazos al azar. El *sniper* era incapaz de recoger las informaciones necesarias, de relacionar pacientemente distintas señas, de comparar correctamente unas fichas o expedientes. Era incapaz, por añadidura, de sostener conversaciones de ambiguo significado, de dar sabiamente pasos adelante y pasos atrás, de hacer alusiones discretas, mediante leves insinuaciones, hasta poder llegar a la frase final, a la verdadera apertura del asunto con unas palabras pronunciadas en tono resuelto, enérgico: “Su problema, señor, tiene una solución. Es una solución muy, muy, muy costosa, pero definitiva”.

El *sniper* carecía del aplomo y decisión necesarios para pasar desde los bares de Montmartre a las villas particulares de la avenida Foch, de Neuilly al Kremlin-Bicêtre.

El *sniper* era solamente un tirador. Un tirador fabuloso, por supuesto. Tal vez, el tirador del siglo; un hombre capaz de ganar todas las medallas de oro de los Juegos Olímpicos.

Era todo eso, y nada más que eso.

Harry prestó atención... Había creído oír un ruido. Después, al descubrir una rata, se encogió contra el muro.

Aquella rata, que por culpa de su único ojo distinguía mal, había hecho acto de presencia en varias ocasiones. Eran simples reconocimientos de carácter rutinario. El animal, seguramente, trataba de ver si podía convocar a sus congéneres, para darse el festín del siglo.

Pese a que el pequeño animal se había comportado con una inaudita insolencia, Harry no había llegado a detestarlo. Ciertamente que la idea de acabar sus días en aquel redondo y menudo vientre, la perspectiva de sentir sus pequeños dientes desgarrándole las carnes, hocicando en sus vísceras, era algo terrible, muy penoso, pero, en fin de cuentas, normal. Comer y ser comido...

Aquí, en este bajo mundo, cada uno se desenvuelve como puede para obtener su ración de comida. Al fin y al cabo, y pensándolo bien, él no había sido otra cosa que una rata más. ¿Y el *sniper* un águila, quizá? ¡Habían formado, verdaderamente, una pareja notable!

El *sniper* era un deportista, un aristócrata. Se le enseñaba el blanco; él lo miraba fríamente, en plan técnico; seguidamente, agachaba la cabeza... ¡Daba lo mismo un blanco que otro!

Él había estudiado a fondo aquel asunto. No hay un solo hombre que esté a salvo cuando anda por en medio un tirador sutil, que sabe sacar partido de su posición, llevándolo hasta sus últimas consecuencias, para desvanecerse después. Harry había leído un montón de historias al respecto: la del asunto Kennedy, la de los franco-tiradores de la Wehrmacht, de las S.S., de la Armada Roja, del Sol Naciente... Se acordaba de Normandía, de las estepas soviéticas, de Birmania... E incluso de las memorias de aquel sucio viejo llamado Hoover...

Esta asociación de un águila con una rata le regocijaba. Picado por un juego que le hacía olvidar momentáneamente los dolores de su cuerpo, Harry intento ahondar en esta idea... Fue en vano. La imagen se le escapaba.

Ciertamente que él había sido siempre una especie de rata atrapada, y como todas las ratas en sus circunstancias había tenido que hacer frente a sus distintas necesidades de muy diversos modos.

Pero no podía compararse, en absoluto, con el *sniper*, un tipo bien parecido, equilibrado, de irresistible sonrisa. Él se había ajado a toda prisa, perdiendo sus cabellos a los veinticinco años, tomándose obeso a los veintiocho.

Había llevado lo mejor posible su vida de rata, presintiendo confusamente que no se alargaría mucho.

Por otro lado, había conocido una trayectoria floreciente aquella menuda rata en la calle de Flandres. Había abandonado su escondrijo a los diecisiete años, separándose de su padre, eternamente refugiado sobre ese montón de basura que es la capital llevando en la cabeza una sola idea, que contenía todas las demás: ¡hacer dinero!

Había ensayado mil combinaciones, más o menos fructuosas, exponiéndose mucho a veces, estando a punto de perderlo todo en ocasiones, pero habíase

desenvuelto bien, en suma, evitando siempre los pequeños trabajos que ofrecen indudables comodidades: esos “arreglos” que duran toda la vida.

Partidario del super-lujo, rechazaba lo simplemente confortable, convencido de que la adversidad, el frío y el hambre, cuando le atenazan a uno, acaban por permitirle que dé con el auténtico sentido de su vida.

Muy cierto esto: ¡qué pocos grandes hombres dejan de equivocarse, al menos una vez en la vida!

Equivocado o no, el caso es que hasta el momento de partir para incorporarse al ejército no había detectado nada de interés. Pero poco después vino para él la revelación, en diez segundos, nada más ver al *sniper* y fijarse en sus certeros disparos.

De haber habido tiradores dignos de aquel nombre, Harry hubiera hecho castañetear sus dedos expresivamente: “Bueno, ¡uno más!” Pero no era así...

“¡Cara de rata!”.

No existía margen para la duda. Él sabía perfectamente que en alguna parte... Aquéllas fueron las tres primeras palabras que le dirigió el *sniper*.

Una premonición, ¿no?

No le guardaba ningún rencor. En definitiva, hasta le debía haber vivido unos momentos deliciosos, disfrutando de caviar, de champaña, de maniqués de lujo... Ellas no lo trataban como si hubiera sido una rata. Eran las mismas jóvenes cuyas fotografías veía más tarde en las cubiertas de los libros o en las revistas. Las chicas en cuestión lo encontraban “guapo”, y todo lo que quería —¡había llegado a “creérselo”!— merecía su aprobación... con tal de que pagara.

Y eso era lo que hacía: pagar.

Exactamente igual que había pagado la pensión del *sniper* durante años, sin rechistar. Esto era, sin duda, lo que aquellos payasos de la televisión cotidianos denominaban, frente a sus tableros de fieltro, “una inversión a largo plazo”.

Aquellas cantidades se amortizaban rápidamente, en todo caso. Y todo resultaba más jugoso que la renta Pinay.

A partir del primer asunto, en Londres, había conseguido cubrir sus gastos, con exceso, además.

Era la única operación por él presenciada. Después de haber estudiado al *sniper*, fijándose en su aire indolente, creyó haberse equivocado entonces. Y luego... nada, listo... Un siseo, un roce, el arma que se apoya lentamente en el hombro del *sniper*, y todo quedaba regulado. El reyezuelo del petróleo era alcanzado de lleno en el cuerpo, concretamente en la ventanilla de la nariz izquierda.

Habría abrazado al *sniper* al ver aquello, mientras éste procedía a desmontar su rifle, su arma fabulosa, sin molestarse siquiera en apreciar el resultado de su acción con una mirada.

Y posteriormente cuanto vino, la ruta gloriosa y dorada... Como la aventura de cierto apoderado alemán, alcanzado de lleno a doscientos metros de distancia, en el

monóculo. ¡Pobre Sieg!

Evidentemente, esa manía del *sniper* —tomar por blancos un ojo o la nariz— le había costado a él, a Harry, su guía, su mentor, el ojo derecho, quedando así afirmada la farsa del abogado de Valence, el amigo de Grimaldi.

No se había atrevido nunca a formularle la pregunta, pero le hubiera gustado mucho saber por qué el *sniper* apuntaba siempre, indefectiblemente, al ojo o a la nariz.

A Harry le confortaba la idea de que el *sniper* pudiera sobrevivir. Hasta lamentaba no poder legarle su dinero.

Seguro que se haría sin problemas del dinero correspondiente a la operación de los hermanos Weitgen. Ya estaría entonces en condiciones de irse al campo a vivir, para envejecer allí lentamente...

Harry hizo un alto en sus reflexiones al llegar aquí.

Era curioso, pero no acertaba a imaginárselo encaneciendo, haciéndose su vientre cada vez mayor...

Rechazó este pensamiento, por desagradable.

No era muy elegante la cosa —bueno, él siempre había sido una rata, ¿no?—, pero le hubiera gustado que el *sniper* supiese que había cerrado el pico hasta el fin.

Sí. Había callado pese a las torturas con las uñas, a la pérdida de su ojo, a los garrotazos, a las quemaduras hechas con cigarrillos, a la sodomización con botellas...

Ni una sola palabra habían podido arrancarle.

Gritos, aullidos, sí... Chillaba el cuerpo. Pero de su boca no había salido una palabra.

Aquellos sujetos no conocían siquiera el timbre de su voz.

Seguro que no llegarían a percibir ésta.

En varias ocasiones, su corazón se había embalado en sus latidos, igual que un viejo jamelgo en trance de muerte. Esto había coincidido siempre con las guardias del médico.

Pero el caso era que la rata no había puesto en peligro al águila. Sería preciso que los zoólogos tomasen buena nota de ello.

Abrió su único ojo y comprendió inmediatamente.

El fin.

El más menudo tenía en las manos una tronzadora eléctrica...

Harry se pegó más al rincón de la celda, y los vio avanzar con decisión.

Verdaderamente, tenía todo lo de la rata herida: la dignidad, de modo especial.

Su expresión rencorosa no era la del vencido.

CAPÍTULO 16

Plantado en la calle Blomet, cerca de una farola, Gardel esperaba lo imposible.

Imposible porque a aquella hora Laura se desnudaba, en su sesión de *strip-tease*, ante un público excitado.

Esta alocada idea —digna de un chiquillo— de presentarse a aquella hora o a ninguna no podía subsistir, con seguridad, por el hecho de apoyarse en una creencia irracional y, en fin de cuentas, bastante extendida: el amor es magia, el lenguaje es tan sólo una alineación de signos falaces, las almas se comunican entre sí porque son semejantes en todos los aspectos.

O bien el amor de su vida —la única aventura que justificaba su paso por la tierra—, por maravilloso que fuera, tenía sus límites.

Por lo demás, nada existía más demencial que sus circunstancias personales: había entre ellos una gran diferencia de edad y de posición social.

Gardel se apoyó en la farola, en el cuello del abrigo levantado, el ala del sombrero abatida —esto le había dado suerte la última vez—, disponiéndose a luchar contra el frío como pudiera.

Revisó la película de la jornada, más bien triste, la pulla del controlador —si bien este tipo no valía lo que una pluma de cuervo— a propósito del *sniper*, el vehículo del colega, con los tres hombres —divisionario uno de ellos—, luciendo calaveras como insignias, distribuidas por un “compañero” brasileño, y su propia frialdad, que le había valido algunas miradas atravesadas.

Una jomada lúgubre, con los informes negativos de los *O.R.P.J.*, que llegaban desde todas las provincias, las denegaciones embarazadas de los jefes de la Seguridad militar, mortificados por la idea de haber llegado a licenciar a un tirador como el *sniper*.

Y luego, el restorán desastroso de la calle Nacional, la servidora desdentada, el patrón sexagenario escupiéndole sus pulmones, los obreros, de rasgos faciales delatores de su cansancio, aquellos sujetos, mal vestidos y alienados hasta lo más íntimo, afectando parecerse a su “imagen”...

Todo era sórdido y de mal gusto, como el cromo que había tenido delante a lo largo de toda la comida: abetos de color verde esmeralda, cielo azul intenso, un pequeño río azul de Prusia...

Gardel amaba, sin embargo, el mal gusto. No como pueden amarlo los intelectuales, argumentando algún segundo grado. Lo amaba por lo que era en sí, por lo que representaba de tentativa errónea, de vanas esperanzas. Una joven vistiéndole su

rosado atuendo, por ejemplo: más allá de eso, Gardel veía una mujer arreglándose con cuidado para tratar de agradar.

El mal gusto le conmovía siempre, le alcanzaba directamente en el corazón.

En el fondo, lejos de los *standards* reguladores, el mal gusto venía a ser, nada más y nada menos que una vaharada de calor, de libertad, un escape con respecto a las normas.

Un islote de humanidad en un mundo hostil y duro.

Fugitivamente, sintió un poco de vergüenza ante tales pensamientos, impregnados de ideas que arrancaban de su educación cristiana, de una inclinación tierna hacia los que, siempre, puesto que las cartas han sido dadas de lejos, quedan marginados con desarmante buen humor.

Recuperó Gardel el suyo ahora advirtiendo la singularidad de su propia situación: un comisario de división teorizando sobre las raíces demasiado humanas del mal gusto, y ello expuso su cuerpo al viento, y al frío, aguardando la hipotética llegada de una *strip-teaseuse* de treinta años, de la cual se había enamorado locamente... Con seguridad que una situación como ésta tenía poco o nada de corriente.

Se le vino a la mente una canción muy antigua de Eddy Mitchell, titulada “*Jaloux-oux, trop jaloux, au point d’en être fou-ou*”^[10], chocando con el célebre aforismo de Nietzsche: “¡Humano, demasiado humano!”.

Un cuarto de segundo más y actuó su espíritu de síntesis. Mezclando Nietzsche con Eddy Mitchell, en una imposible estructura, canturreó sobre la música del segundo, utilizando una parte de las palabras del primero:

“Humano-no, demasiado humano, hasta el punto de ser malsano-no...”.

Su risa tronante —vióse obligado a aferrarse al brazo de la farola— hizo que emprendiera rápida huida un gato atigrado, semejante a un Panzer, que se escondió tras un cubo de basura.

Presa del hipo, con los ojos llenos de lágrimas, el comisario de división levantó la cabeza, fijando su mirada en el taxi que acababa de detenerse cerca de él.

Laura se apeó del vehículo.

La mano que ella asió —con una fuerza casi de desesperación— no era la de un policía de altos vuelos en trance de envejecimiento.

Aquel hombre que ella arrastraba hacia la escalera tenía, todo lo más, con sus labios azuleados por las murtillas, catorce años solamente.

Pero esto era sabido únicamente por dos personas.

CAPÍTULO 17

El Mercedes de los hermanos Weitgen se encontraba en su sitio.

El *sniper* también.

Consultó su reloj, calculando entonces que los dos hermanos y Pamela debían de estar atacando el último cuadro de su pieza de vanguardia.

Un cuadro aquél muy complicado, ya que, de acuerdo con lo reseñado en las fichas de Harry, los dos Weitgen, vestidos como la cebra Cinzano, se hallaban pastando en el salón-sabana. En ese momento, Pamela se presentaría —representando el papel de leona por detrás de ellos, devorándoles la rabadilla. Entonces, las cebras levantaban sus patas, dándose mutuos golpes y salmodiando, con los índices levantados: “¡Toda una mujer!”

El *sniper*, que realizaba loables esfuerzos para imaginarse la escena, experimentó una impresión de malestar. Aquellos pantalones ajustados y con rayas de cebra recordaban los leotardos infantiles que se bajan para la azotaina tradicional en el caso de una travesura. Los de los hermanos Weitgen —que al ser abatidos dejarían a la vista unas manchas grasientas y velludas— hacían pensar, además, en ciertos animales al ser desollados, al ser despojados de la piel como si fuera un guante. Como la de ciertos conejos que él viera matar en el Allier, cuando contaba sólo diez años...

Cada vez más agitado, el *sniper* evocó la escena, vivida más de veinte años atrás: la granjera sacando el ojo al menudo animal, sin demostrar ninguna emoción... Y el bruto del marido, un tipo enorme y coloradote, que decía al niño, aterrorizado: “Tú no has visto nada, ¿estamos?”. Y de una cuchillada, el bestia seccionaba la nariz del animal.

A partir de ese día no volvió a albergar ninguna ilusión sobre el género humano.

A partir de ese día, también, no volvió a comer conejo.

A partir de tal día, él...

El *sniper* se estremeció.

Lo sabía, sí. Sabía, por fin, por qué era aquel siempre su blanco. El niño, ciertamente, había rechazado la escena, intentando olvidarla, pero había quedado impresa de una manera u otra en alguna parte de su mente, de forma indeleble: se mata siempre tirando al ojo o a la nariz.

Se serenó, sonriendo. Habíase emocionado ligeramente al abandonar el laberinto de la conciencia y la memoria, en el que acababa de efectuar una corta incursión.

Habiendo oído un rumor de pasos en la calle, cogió una gran llave inglesa, fingiendo que estaba afianzando uno de los bulones de la pasarela.

—¿No se puede pasar por aquí? —preguntó el hombre que acababa de detenerse frente a la barrera de acero.

—¡No! —respondió secamente el *sniper*—. Estará prohibido durante todo el tiempo que dure la revisión. El jefe pasará mañana por la mañana por aquí, para comprobar el trabajo. Hecho esto, ya se podrá circular por aquí.

El hombre se alejó bajo la fría mirada del *sniper*, quien, inmediatamente, dejó a un lado la llave inglesa, colocando la mano sobre su rifle, oculto bajo una loma de color caqui.

Tenía prisa. Deseaba terminar cuanto antes.

Deseaba terminar con los hermanos Weitgen, y destruir su armamento, y comenzar una nueva vida.

Esto no era fácil, por otra parte. Se hallaba, enteramente, a merced de los dos chavales.

Sabía que Serge era sólido, fuerte, tanto como Belle o el Padre Amable. Pero Patrick le inquietaba: lo veía taciturno, apagado, nebuloso, y no muy resistente.

Con ellos, hubiera debido valerse de un proceder repulsivo, francamente, pero que le cubría, en parte. Cambiando bruscamente de actitud, había aceptado su colaboración, enviándolos, hacia las seis, a subir por la calle Meuniers, a fin de comprobar si “todo encajaba bien”.

En la actualidad, los dos estaban “mojados”. Por este asunto, también.

El *sniper* volvió a consultar su reloj.

Si todo marchaba bien, los Weitgen, a aquella hora, debían de haber terminado su infructuoso ensayo de eyaculación, tras lo cual pasarían al vestuario para sustituir sus pieles de cebras por los trajes de tres piezas de la vieja Inglaterra. A continuación, vendría la breve ceremonia de los tres vasos de Oporto, los cumplidos de rigor —por una y otra parte—, y la entrega del cheque.

El *sniper* levantó levemente la lona, palpando su arma y comprobando la sujeción de la lente para rayos infrarrojos.

No había hecho más que atender a estos últimos preparativos cuando se sintió estremecido por una especie de escalofrío.

Menos de diez segundos más tarde, salían de la casa los hermanos Weitgen.

El *sniper* había hincado una rodilla en el suelo. Respiraba a fondo, observando a los dos hombres que cerraban furtivamente la puerta.

Con un gesto pausado, sin dejar de mirar a los dos hombres asió al rifle, acomodándolo con todo cuidado contra su hombro izquierdo. Lo hizo lentamente, como si para ello dispusiera de toda una eternidad.

Como si sus blancos no fueran móviles...

Centró en su visor la nariz de Paul Weitgen. Luego, brutalmente, el visor pareció oscilar, apareciendo en el color gris del traje, antes de inmovilizarse a la altura de las

partes genitales del industrial.

El proyectil hizo saltar, literalmente, a Paul Weitgen por el aire, lo cual no le impidió recibir otro en la base de la nariz.

Con un gesto de incredulidad, Henry Weitgen se había aproximado a su hermano, contemplando, horrorizado, el cadáver, tendido sobre el asfalto.

El *sniper* vaciló.

En el fondo, sólo de él dependía que aquel hombre estuviera o no a una bala de la vida y la libertad.

De otro lado, el último día de clase, ¿no había siempre, por tradición, una inclinación hacia una mayor indulgencia? Los testículos del industrial quedaron indultados, y Henry Weitgen murió, sin saber por qué, a consecuencia de un balazo en el ojo derecho. El proyectil salió por detrás, arrancando una porción de la bóveda craneana.

CAPÍTULO 18

Gardel, a la hora de poner en orden sus pensamientos, experimentaba ciertas dificultades. El acontecimiento más importante había sido, sin disputa, su velada de la noche anterior. Había sido una repetición exacta de lo sucedido la vez anterior: poco más o menos, había estado acariciando las piernas de Laura.

Partiendo de los finos tobillos, abrazados por las correas de los zapatos de altos tacones, sus manos, resbalando sobre las negras medias, y después sobre la piel, habríanse remontado hasta el nacimiento de las nalgas.

De momento, él debía colocar esos minutos entre paréntesis.

Venía a continuación, rozando lo inútil, pero imponiéndose, sin embargo, la sarta de injurias del ministro. Tratábase de un acontecimiento inédito, ante el cual él no había reaccionado, encerrándose en un hostil mutismo.

Los hermanos Weitgen habían, caído casi a la misma hora, en el mismo sitio...

El interés no provenía de la matanza en sí, con ser el hecho notable... Aquellas dos especies de Daltones, de cocodrilos de la industria, no eran irremplazables. Tarados, completamente corrompidos —el informe relativo a sus costumbres resultaba abrumador—, pronto se les encontraría sustitutos de igual o parecido “tonelaje”.

El interés quedaba revelado más bien por la nota de premura del asunto, como si el *sniper* se hubiera decidido a efectuar unos SALDOS o una LIQUIDACION TOTAL del *negocio* —Gardel esbozó una sonrisa—, con el propósito de retirarse rápidamente.

Había ejemplos como aquél en todos los países. Habían existido profesionales del crimen que una vez hecha su fortuna se retiraban... no volviendo a ser jamás inquietados.

Gardel echó un vistazo a su agenda.

El hombre enviado desde Estrasburgo por la Seguridad militar le esperaba desde hacía tres horas. ¿Qué relación podía existir entre aquel notario alsaciano, de “honorable renombre”, oficial de la reserva, y un asesino como el *sniper*?

Gardel oprimió uno de los botones del interfono.

Se llamaba Christian Stroop, lo que indicaba *a priori* que no era auvernés, en absoluto.

Un porte alemán. Era un individuo serio, de rostro delgado. Se observaba una mirada dura tras unas finas gafas con montura de acero.

Después de tomar asiento, empezó su narración:

—Puede ser, señor comisario, que le haga perder el tiempo. La Seguridad militar de Estrasburgo se ha mostrado dudosa, pero no me ha desanimado cuando sugerí a sus hombres la conveniencia de dar este paso.

El tono neutro, objetivo, de su visitante, su voz tranquila, irritaron a Gardel, pero, por otra parte, estaba tan impresionado —aquel tipo habría hecho morir de languidez a un detector de mentiras— que, arrellanándose en el sillón, invitó cordialmente a continuar hablando a su interlocutor.

—Hemos de remontarnos a unos diez años atrás. Hubo un incidente absolutamente excepcional, con el que, sin embargo, se engañó todo el mundo. Yo fui la única persona que supo a qué atenerse.

—Le ruego que siga.

—Esto pasó en Estrasburgo-Eintzheim. Era yo aspirante, siendo —no lo tome por una fanfarronada—, de muy lejos, el mejor tirador de la base, por no decir de la Región militar. Un día, los “azules”, tras una marcha, fueron invitados a tirar al *Mas* 36. Me acuerdo de uno de ellos, un tipo bastante frío, indolente, poco hablador. Nada más ver su forma de coger el arma, creí observar algo... Es difícil de explicar esto. Cosa curiosa: lo que ocurrió después no me sorprendió. Luego, los tres hombres, a la hora de disparar, hicieron fuego. Ni siquiera me impresioné a la llegada del suboficial responsable de los blancos, que se desplazaba arrastrándose...

—¡Siga! ¡Le escucho! —dijo el comisario, con viveza.

—¡Aquello fue fantástico! —respondió Stroop—. Pensando en que nos habían adjudicado una pandilla de malos, sólo les habíamos dado tres cartuchos por cabeza. El individuo a que he aludido colocó una bala en el centro, exactamente, lo cual, teniendo en cuenta la mala calidad del arma empleada y la distancia —¡cien metros! — era ya una proeza. Pero hubo algo ¡diez veces mejor que eso, aún!

—¡Siga, siga, por el amor de Dios!

Stroop inclinó enérgicamente la cabeza, y continuó diciendo, algo jadeante:

—¡Me refiero a las otras dos balas! Los impactos eran equidistantes del primero. Cogí el cartón, entreteniéndome, una vez en mi cuarto, en relacionar los tres blancos: estos formaban un triángulo equilátero perfecto, con una diferencia de medio milímetro todo lo más. ¡Es imposible que se produzcan casualidades de tal clase!

Como Stroop guardara silencio ahora, Gardel inquirió:

—Entonces, ese soldado...

—¿Qué?

—En fin, si era tan buen tirador...

—Algo raro ocurrió —contestó Stroop—. Jamás volvió a hacer unas tiradas como aquéllas. Tras esta experiencia, se mostró siempre... digamos que como un tirador mediocre más bien. Así hasta que fue licenciado.

Stroop guardó silencio de nuevo por unos instantes, agregando después:

—Le juro por mi honor de oficial que ni por un momento he podido creer en la existencia de una casualidad. Aquel individuo era un tirador fuera de lo común, sin

rival. Es una cosa que no me es posible probar, pero lo he advertido en mil pequeños detalles. Señor comisario: si yo no creyese que aquel tipo era el *sniper* de ahora no habría venido de Estrasburgo, dejando a un lado mis obligaciones... Mi tiempo...

—Usted, claro, no se acordará de su nombre, ¿eh? —inquirió Gardel.

Stroop esbozó una ligera sonrisa.

—Lo recuerdo perfectamente. Se trata de un nombre poco corriente: Sigaléa, Alain Sigaléa.

CAPÍTULO 19

El riesgo era muy limitado.

En el notario estrasburgués, Gardel tenía un testigo excelente. Sentíase perfectamente a cubierto por el hecho de haber sido aquel hombre un candidato giscardiano (con mala suerte).

En el peor de los casos —aunque no creía que esto llegara a suceder—, veríase obligado a presentar sus excusas a aquel Sigualéa.

Se hubiera apostado las piernas de Laura contra las de Gadafi a que Sigualéa era con toda seguridad el hombre que él buscaba.

Sigualéa se escribía con una S inicial... Lo mismo que *sniper*.

Serge se despertó de pronto.

Sentía una opresión en el pecho que le producía un gran malestar. Levantóse e, instintivamente, se dirigió hacia la ventana.

Le temblaron las piernas. La calle estaba llena de policías.

Se veían en todos los puntos: en un pasaje, en la calle Nacional. Más lejos, hacia la Puerta de Ivry, descubrió escuadrones enteros de gendarmes móviles, con sus rifles en las manos. Había por allí hileras inacabables de vehículos, desde los largos coches de los gendarmes hasta las camionetas de los policías, algunas de las cuales no habían apagado sus faros de alarma giratorios. Los haces de luz, de un azul lúgubre en la brumosa madrugada, barrían a intervalos regulares el rostro petrificado del adolescente.

Apartó ligeramente la cortina.

Unos elementos avanzados ganaban terreno aún, prudentemente encorvados. Otros policías se dedicaban a la tarea de evacuar los inmuebles más próximos. Sus habitantes, vestidos a medias, eran dirigidos hacia las partes traseras de los edificios.

Sin detenerse a vestirse, Serge subió unos peldaños de la escalera y, desde la ventana del descansillo observó el otro lado de la calle Nacional: aquel al cual daba el pasaje Bourgoin.

En cada lado del pasaje, unos grupos de policías ocultos a medias parecían estar esperando una señal para lanzarse al asalto.

Otros hombres, muy lejos, hacia la calle Ponscarme, habían invadido los tejados, avanzando prudentemente, para converger en el pasaje, sitiado también por la otra parte, quizá.

Serge comprendió que todo estaba perdido.

La idea del *sniper* caído en una trampa durante el sueño le resultaba insoportable. Pensó en Mesrine, y en los policías, que reían ante su cadáver... Era de aquellos, hoy día en minoría, que estiman una inconveniencia lo de reír frente a un cuerpo mutilado.

Bajó la escalera para vestirse a toda prisa. Después, echó a correr hacia la primera planta. ¿Sería posible que el “pasaje” —patios y sótanos— se encontrara todavía libre?

Abrió la puerta y se encontró frente a un corpulento, a un inmenso *C.R.S.* En tono arrogante, el hombre le preguntó:

—¿Con quién vives tú aquí?

—Con mi madre.

—Tenéis que evacuar la casa enseguida.

—¿Por qué?

—Se han refugiado en ella unos terroristas.

Por las escaleras subieron otros *C.R.S.*, a fin de poner en guardia a los inquilinos del inmueble.

Con los *C.R.S.* pisándole los talones, Serge despertó a su madre.

Sin pronunciar una palabra, la mujer se embutió en una bata, echándose un chal sobre los hombros. Seguidamente, se calzó unas babuchas, para atender a continuación las instrucciones del chico.

Tal pasividad enervó al adolescente, que hizo un movimiento, como para regresar a su habitación.

El *C.R.S.* lo detuvo.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Enseguida!

Aquel hombre, un tipo rústico, de groseros modales, debía de haberse dado cuenta inmediatamente de la disposición general del apartamento. Serge adoptó un aire inocentón, respondiendo:

—¡El gas, señor! ¡Puede estar esparciéndose por todas partes! ¡Corremos el peligro de que se produzca una explosión!

El *C.R.S.* no replicó, subrayando su impaciencia mediante un brutal ademán, con el que hizo que la visera de su casco fuese a parar más allá de las dos bandas amarillas.

Sorprendido por la futilidad de su pensamiento en aquellas circunstancias, Serge se demoró más de la cuenta contemplando el casco azul marino con bandas amarillas al tiempo que se decía: “¡Un Gordini! ¡Como los R-8! ¡Es un *C.R.S.* Gordini!”.

Luego, echó a correr hacia su habitación.

En la calle, los policías continuaban avanzando, como partidos en dos.

Caminaban en medio de un silencio impresionante, siendo el único rumor perceptible el producido por los pasos pesados de los inquilinos, sacados de su sueño bruscamente, quienes bajaban los peldaños mascullando palabrotas.

Serge había tomado ya una resolución: el 7,65 de su parte.

El C.R.S. abrió los ojos desmesuradamente al ver avanzar al adolescente, con ambas manos crispadas sobre un arma de puño.

El hombre vaciló: ¿sería aquel chico un retrasado que quería jugar a los vaqueros?

Prudentemente, el C.R.S. esbozó una sonrisa, dando un paso adelante al tiempo que decía:

—¡Atención, rostro pálido! ¡Piensa que estos artefactos son peligrosos!

La primera bala le atravesó el estómago, la segunda el pulmón derecho, la tercera el corazón.

Serge recibió los golpes sin pronunciar una palabra. Todo era como un sueño, ¿no?

Las esposas, todos aquellos policías que le miraban con los ojos muy abiertos... Algunos habían reaccionado ya, y las bofetadas, puntapiés y puñetazos llovían sobre él mientras le arrastraban hacia uno de los coches. Cosa rara, todos aquellos repetían, a coro, en voz baja, a lo largo del camino, como si rezaran:

—¡A la cárcel para siempre! ¡Donde no puedas ver más a nadie!

Bueno, era igual. El *sniper* había sido prevenido. Esto era lo importante, ¿no?

CAPÍTULO 20

¡Ríndete! ¡Estáis rodeados! ¡Sigualéa: no podrás salir nunca de aquí! ¡Te doy cinco minutos de tiempo para rendirte!

Gardel abatió el megáfono, esperando una respuesta.

Ella había puesto, en sordina, *Mister Tambourine Man*, teniendo a mano la carpeta del de The Animáis. Ahora, parecía vacilar.

El *sniper* bajó su rifle, sonriéndole al decir:

—The House of the Rising Sun... Hasta el fin.

Patrick, ya vestido, esperaba cerca del Padre Amable, quien, por décima vez, reiteró su ofrecimiento:

—A mi edad, pequeño, ¿qué puede importarme ya una cosa u otra?

—¡Ni hablar! —respondió cálidamente el *sniper*.

El Padre Amable dio un paso hacia la puerta, desde donde se volvió:

—¡Un tirador más!... Pide ver a los Fritz, puesto que he de ceder mi puesto...

El *sniper* abatió la cabeza, denegando.

Dos minutos más tarde, el viejo y el adolescente cruzaban el Pasaje.

Patrick no tuvo una sola palabra de adiós, ni para su hermana ni para el *sniper*.

—¡Ocúpese de ellos, Quillet! —ordenó Gardel.

El adjunto se apresuró a salir al encuentro del viejo y el adolescente.

Vaciló por un momento. Pero como los policías del anti-comando le observaban, se decidió a enfilar solo el Pasaje.

El adolescente estaba lívido y el viejo temblaba. No creía que el *sniper* disparara. De otro lado, sólo en unos metros había incrementado el riesgo.

El anciano le miró glacialmente, desdeñoso, preguntándole:

—¿Eres tú el jefe de esta maldita banda?

Quillet se quedó sorprendido ante la agresividad del viejo. Luego, como éste repitiera la pregunta, inclinó la cabeza, respondiendo con viveza:

—¡En marcha! ¡Deprisa!

Quillet reconoció el arma. Una P.38 caqui. Un arma alemana de la Segunda Guerra mundial. Temible.

Se sintió como anestesiado cuando el frío metal le tocó la oreja. La vieja mano de las venas azules no temblaba, en absoluto.

Todo sucedió vertiginosamente. El cerebro del comisario Quillet salpicó al viejo y al adolescente, quienes, segundos más tarde, eran cortados en dos por las ráfagas de

las metralletas.

CAPÍTULO 21

—¡Una banda de perros rabiosos! —dijo con voz ronca el prefecto, mientras unos hombres procedían a retirar lo que quedaba de los tres cuerpos.

—¡Unos bolcheviques! —apuntó el jefe de gabinete.

Solamente Gardel guardó silencio.

Las bombas lacrimógenas, tiradas por docenas —el viento era desfavorable para las fuerzas policíacas—, no habían hecho salir al *sniper* de su madriguera.

Gardel se sobresaltó al oír el estridente toque de silbato que ordenaba la iniciación del asalto.

Una jauría azul marino, con cascos, con botas, aullante, que corría disparando sin cesar. El *sniper* hizo fuego cinco veces, y cinco fueron las figuras que se arremolinaron, abatiéndose.

Las otras retrocedieron.

Belle sonrió.

Era la suya una leve, una frágil sonrisa.

Nada más hubo finalizado, la joven guardó el disco en su sitio.

—¿1966? —inquirió él.

—1965.

La muchacha se acercó a la ventana.

—¿Nos vamos, Belle?

—Sí. Al campo. A una hermosa casa.

Belle estalló en sollozos. Él cogió la cabeza entre las manos, murmurando:

—Te amo. He sido el más feliz de los hombres.

—¡Te amo!

Los dos disparos dejaron sorprendidos a todo el mundo.

Gardel, haciendo caso omiso de los consejos del prefecto, se aventuró por el pasaje Bourgoin.

Avanzaba pegado al muro, con el 357 preparado sobre su brazo.

Le seguían los policías ataviados con prendas azules, disparando de vez en cuando, sin apartarse de las paredes del pasaje, por cada lado.

Gardel empujó el portón, echó una mirada al huerto, y luego empezó a subir por la vieja escalera, de rechinantes peldaños.

La puerta de la vivienda se hallaba entreabierta.

Identificó las notas musicales. Pertenecían a una melodía que a él siempre le había gustado mucho: *The House of the Rising Sun*. Era un disco ya viejo.

Al parecer, lo único dotado de movimiento, de vida, en la habitación, era el *pick-up*.

Todo lo demás, incluida la pareja que se encontraba abrazada cerca de la ventana, estaba muerto.

FIN



Frédéric H. Fajardie es el seudónimo de Ronald Moreau (París, 28 de agosto de 1947 - 2 de mayo de 2008). Escritor francés, hijo de librero, desde los 16 años el marxismo se convirtió en su referente vital. Participó activamente en Mayo del 68, enrolado en la *Gauche prolétarienne*.

Dedicado al polar (novela negra), según él mismo, por casualidad, publicó su primera obra, *Tueurs de flics* (Asesino de policías), en 1979, con la cual se le consideró entre los iniciadores de un nuevo género, el néo-polar, con textos violentos y subversivos. Su personaje central, el comisario Antonio Corrado Padovani, será protagonista de una serie de seis novelas. A partir de 1986 diversificó su producción y empieza a publicar una serie de obras de factura más clásica (más «blancas», según su definición) y, a partir de 2001, comienza una nueva etapa que le dará fama internacional, con una serie de novelas de ambientación histórica iniciada con *Les Foulards Rouges* (Los fulares rojos), que recibió tres galardones literarios en 2001. Además de reputado guionista del cine y la televisión franceses, Fajardie escribió además ensayos, crítica literaria, relatos breves, cuentos y varias novelas juveniles.

En 1998 fue nombrado Caballero de la Orden de las Artes y las Letras, en reconocimiento al conjunto de su labor creativa.

Notas

[1] Durante la Segunda Guerra Mundial, se dio el nombre de *snipers* a los tiradores de primera que, convenientemente emboscados, se dedicaban a diezmar a los hombres de las primeras líneas enemigas. (*Nota del Editor*) <<

[2] “Pasemos la noche juntos”. (*N. del T.*) <<

[3] “Noche de blanco satén”. <<

[4] *Honey: miel (Notas del Traductor) <<*

[5] El hampa. (*N. del T.*) <<

[6] Conserva de coles saladas y fermentadas. (*N. del T.*) <<

[7] Aciano, planta. (*N. del T.*) <<

[8]

*“Un viejo me ha dicho
Y tenía razón
Si das crédito,
Pierdes tu casa”. (N. del T.)*

<<

[9] “Ámame tiernamente”. (*N. del T.*) <<

[10] Es decir, “Celoso, demasiado celoso, hasta el punto de estar loco”. (*N. del T.*) <<

SNIPER

9e

F. FAJARDIE



Mascarón



Neg

Lectulandia

